

COLECCIÓN  
**CONTRA  
EL OLVIDO**



# EL CANTO DEL ZORZAL

HERNÁN GUEVARA GUTIÉRREZ



# EL CANTO DEL ZORZAL

HERNÁN GUEVARA GUTIÉRREZ

COLECCIÓN CONTRA EL OLVIDO

**El canto del zorzal**  
**Hernán Guevara Gutiérrez**  
**Segunda edición**

**Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Honduras**  
**Colección CONTRA EL OLVIDO**

Diseño y diagramación: VeRo  
Fotos interiores: Album familiar del autor  
Corrección de estilo: Andrea Navarro (Editorial Sedesol)

Impreso en el Instituto Hondureño de Educación por Radio (IHER)  
2 000 ejemplares

Tegucigalpa, Honduras  
© **COFADEH 2024**

«La presente publicación ha sido elaborada con el apoyo financiero de la Unión Europea. Su contenido es responsabilidad exclusiva del consorcio HEKS EPER-COFADEH-CLIBRE-PWS-PICI y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea».



**Comité de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Honduras**  
Barrio La Plazuela, Ave. Cervantes Casa 1301,  
Apdo. Postal # 1243  
Tegucigalpa, Honduras C.A.  
Tel.: (504) 2220-5280 / 2220-7147 / Fax: (504) 2220-1528  
[www.defensoresenlinea.com](http://www.defensoresenlinea.com)



Hernán Guevara Gutiérrez  
(1937 - 2021)



## LA DÉCADA DE LOS 80

**A**l momento de escribir este relato, han pasado aproximadamente 35 años de que el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica estableciera con otros países lo que se denominó La “Guerra Fría”. Los Estados Unidos ordenaban por medio de la CIA (Central de Inteligencia Americana) y estos, por medio de sus embajadas, en los países que se encontraban en reales conflictos de carácter revolucionario; o, en vísperas de desarrollar la tendencia marxista-leninista, y que, puntualmente, en ese momento los países que se encontraban en ese proceso eran Nicaragua y El Salvador en Centroamérica; resultando con el asesinato de elementos que, según ellos, pertenecían al Partido Comunista, o jóvenes dirigentes estudiantiles y sindicales que pertenecían a organismos que defendían los derechos de estos movimientos orientados al cambio social y a la mejora de las condiciones del pueblo.

Los militares de turno, jefes del ejército, se prestaron para secuestrar y asesinar a centenares de personas que se encontraban en la lista de los coroneles en los diferentes departamentos del país (Honduras). Las zonas militares se tornaron tétricas y la ciudadanía se mantenía aterrada, con pánico ante los sucesos de cada dependencia de la DNI (Dirección Nacional de Investigación), actuando en colaboración con el llamado “3-16”, dependencia de inteligencia militar dependiente directa del Ejército de Honduras.

En ese tiempo, caer en manos de la denominada “la DNI”, era, prácticamente, una muerte segura, no había perdón ni escapatoria. Esta organización, que ejecutó a muchos compatriotas, ahora mártires, estaba anclada directamente con el ejército, de tal manera que el general Gustavo Adolfo Álvarez Martínez, tenía más poder que el mismo presidente de la República.

Este hombre sembró lo que nunca había existido en la sociedad hondureña hasta ese entonces: “El pánico colectivo de un pueblo, que cuyo único delito era ser vecino de Nicaragua y El Salvador”. Y esto a los Estados Unidos no le agradaba. ¿Cuál era el problema? Han pasado veinte

(20) años desde que los Estados Unidos de Norteamérica, ordenaba, a los gobernantes, en turno en estos países el asesinato de centenares de personas que, en una acción simple, apoyaban las diferentes corrientes revolucionarias de Centroamérica.

El Salvador y Nicaragua se encontraban en ese proceso activo con causas justificadas, ya que sus gobiernos de dictaduras militares, como la del general Anastasio Somoza; en Nicaragua, sometían al pueblo y se adueñaban de gran parte de tierras a nivel nacional, donde se encontraba la hacienda del general Anastasio Somoza, estaba pavimentado y muy bien atendido. Era conocido por todos los nicaragüenses, y a nivel centroamericano, que el general Anastasio Somoza hacía en Nicaragua lo que quería, caprichos y estupideces que eran apoyados por los Estados Unidos, llegando al colmo en ese país del norte, de haber recibido al general Anastasio Somoza en la West Point, institución militar, que perdió mucho prestigio por consentir a los individuos como el general Anastasio Somoza.

No estoy en contra de los gringos, estoy en contra de sus ídolos, de sus dioses. No estoy difamando a Estados Unidos de América, estoy en contra del proceder, de una nación poderosa que se mete en conflictos internos de otros países, faltando a lo establecido en la Carta de las Naciones Unidas; respecto a la libre determinación de los pueblos, Honduras, país intermedio entre Nicaragua y El Salvador, vivía una situación de zozobra peor que los países en conflicto; y, nuestro noble pueblo hondureño, soportó el vejamen de extranjeros que venían con autorización y realmente con más garantías que nosotros los verdaderos hijos de Honduras. Era más importante ser “contra nicaragüense” (así se le denominaba a los que estaban en contra de los Sandinistas en Nicaragua) que “hondureño”.

Infinidad de veces se me registró el vehículo por contras nicaragüenses, no por soldados hondureños, y los contras nicaragüenses lo hacían en presencia de nuestros soldados hondureños. ¡Situación extremadamente ridícula y denigrante! Las famosas acciones conjuntas de nuestro ejército con un grupo de tropas estadounidenses denominadas “Ahuas Taras”, grupo creado por el gobierno norteamericano y que instalaron al sur de la capital para operar un equipo de radar en Honduras, en varias ciudades de nuestro país, como ser Amapala, San Lorenzo, etc., en un ensayo general por una posible guerra con Nicaragua. Eran ejercicios estúpidos de entrenamiento ante posibles invasiones de las hermanas Repúblicas de Nicaragua y El Salvador; enviaron un ejército conformado por militares irrespetuosos, no pagaban en los establecimientos donde consumían bebida y comida.

Nuestro departamento de Comayagua, fue víctima de Roberto Suazo Córdova (Rosuco), presidente sin escrúpulos que, poniéndose el sombrero de Modesto Rodas Alvarado, quien fue presidente del Congreso Nacional de Honduras en el gobierno de Ramón Villeda Morales (1957-1963), por el Partido Liberal de Honduras; Rodas Alvarado entregó a los Estados Unidos, los terrenos de centenares de manzanas de tierra donde fue instalada la primera base de Palmerola; esa base sirvió para introducir ejércitos y personas asesinas para llevar a cabo los secuestros en este país; esa base era también la respuesta al imperialismo americano para intervenir Nicaragua o El Salvador, y tener a Honduras sumiso para que no hiciera una revolución. Querían dominar El Salvador, Nicaragua, Honduras y después Guatemala y Costa Rica. A Estados Unidos se le iban de las manos estos países y había que actuar: “Matando, ¿a quién? A los posibles líderes que podían comandar los ejércitos revolucionarios, para la liberación de Centroamérica”. El mayor temor de Estados Unidos de América, era el sueño de Francisco Morazán: “Centroamérica Unida”.

Los hondureños no estábamos preparados para este proceso, pero, los Estados Unidos, sí, ellos creían que sí estábamos preparados y, se ensangrentaron las manos dando muerte a los que ahora son nuestros mártires: “LOS DESAPARECIDOS DE LOS 80”.

Los embajadores de los Estados Unidos ya contaban con los listados de las personas “comunistas”, según decían ellos, y los coroneles de las distintas unidades del ejército a nivel nacional, ordenados por el general Gustavo Adolfo Álvarez Martínez, cumplían las ordenes de asesinar a todo ciudadano que creían ellos que estaba en contra de su hegemonía. Allí me encontraba yo, me daba cuenta, por amigos que tenía en el ejército de Honduras, que planeaban mi muerte, personas acaudaladas de la ciudad de Choluteca a quienes les daba pánico la palabra COMUNISTA, e insistían a los jefes militares que me mataran. Los mismos que tenían al país en zozobra inventaron una mala propaganda en nuestra querida Honduras, decían que nuestro país no era apto para la inversión extranjera.

Estados Unidos de América se equivocó, ya que los mismos miembros de la CIA, cuando se dieron cuenta que habían “metido la pata”, habiendo asesinado tanta gente, sin mucha bulla, con cautela, fueron abandonando nuestra amada patria. Ya no eran “comunistas” los que habían matado, eran mártires, que con sus gargantas secas les gritaban desde las tumbas comunes localizadas en Nacaome, Valle: “Asesinos”.

A todo simpatizante con Nicaragua y El Salvador, lo asesinaban y así lo condenaban a muerte según su apreciación fueron brutalmente secuestrados y conducidos a casas de campo que tenían los Coroneles y generales del ejército nacional, principalmente en la aldea de Támara. Fosas comunes recibieron a un sin número de personas que oscilaban desde los 16 a los 22 años y uno que otro de edad avanzada. También estos señores, secuestraron empresarios a quienes les pedían jugosos rescates en efectivo para dejarlos en libertad. El rescate fue jugoso para estos militares de turno, ya que amparados en su dependencia de la DNI y el 3-16, ahora cuentan con jugosas fortunas que aún en estos momentos gastan orgullosamente sus hijos y demás familiares.

Estudiantes, maestros, obreros, campesinos, miembros del Farabundo Martí, Frente Sandinista de Liberación Nacional y, muchas personas más fueron asesinadas; quedando sus familiares en pie para seguir demostrando uno de los grandes puntos negros y bochornosos acontecidos en la historia de nuestro país.

Todos los gobernantes que estuvieron en el mando de nuestro país Honduras, en la década de los 80 están comprometidos en los secuestros: Roberto Suazo Córdova, Policarpo Paz García, etc., fueron los que manejaron la famosa frase: “No sabemos adónde los tienen”.

Mi gran amigo quien me fue a saludar cuando salí del secuestro, Miguel Andonie Fernández, me dijo: “El general Paz, dice que usted está vinculado al Partido Comunista”. Yo nunca he pertenecido al Partido Comunista y si fuera yo lo diría con toda franqueza. ¿Cómo puede decirme un oficial del ejército que yo leía libros comunistas, cuando yo lo que estaba haciendo era revisando un libro en inglés?; esto sucedió, cuando tiempos atrás, antes de la década de los 80, se registró mi casa de habitación en Choluteca. ¿Cómo podían estos señores sentenciar a un individuo por su manera de pensar?; está década negra de los 80 que debe de estar marcada por los hondureños, los cuales no deberían aceptar dinero como recompensa del gobierno para sus adoloridos familiares. Ni “Gustavo Álvarez Martínez”, convenció con su disfrazado cristianismo de que no había participado en los secuestros, “cuando yo todavía siento su bota militar que aplasta con fuerza mi cabeza contra el suelo”.

Juan 8:32 “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Esta oración insigne del maestro de maestros, Jesús Nazareno, impregnó mi corazón antes de ser cristiano y sin conocer a fondo las Sagradas Escrituras. Conocer la verdad fue para mí fundamental, pero también era mi sentencia, ya que yo no ignoraba los sucesos de los que he escrito, pero tenía un puesto que cubrir, ya que no es parte en el proceso cuando

las causas son justas. Conocí la verdad y sabía determinar las diferentes corrientes políticas que gobernaban a nuestros países; sabía lo que pasaba y, quieran o no, era el verdadero enemigo que en nuestra tierra nos estaba pisoteando, siete veces hemos sido invadidos por Estados Unidos de América; pobres países subdesarrollados que hemos servido de carne de cañón de los poderosos. Conocí la verdad y esta es la que hace, en nuestro medio, aceptar mudamente a las potencias, ya que si despertamos es peligroso y solo despiertos podemos darnos cuenta cuales son las cadenas que nos impiden la libertad. Sabemos que el Fondo Monetario Internacional (FMI), es una institución fracasada, que ha servido para monopolizar la economía de los países. Donde opera el FMI, hay fracaso económico, pero este fracaso es premeditado en su concepción y como instrumento despótico, no respeta las economías de los países. Bien lo dijo el congreso norteamericano: "hay que abolir el FMI, porque es una institución de descredito, el cual no funciona con las necesidades de Norteamérica". Ahora el Tío Sam, quiere la dolarización en estos países como una continuidad del FMI. Conocemos esta verdad y los Estados Unidos tiene que revisar sus tácticas ya que en el año 2001, es año de despertarse y no estar dormidos.



## MI SECUESTRO

**S**alía yo a finales del mes de junio de 1981, después de 20 años de haber sido operado de una úlcera duodenal, atendido de emergencia, salí para México a chequearme la operación, ya que el médico que me había operado en Choluteca me confesaba que no sabía cómo me había dejado. Cuidé mi salud por un tiempo y creí estar bien, pero nuevamente me atacó el problema de la úlcera, provocándome un derrame interno de sangre. Después de la primera operación, a los 20 años siguientes caigo con este cuadro fatal y soy conducido a la ciudad de Tegucigalpa en mi carro propio, mientras mi hermano, el doctor Javier Edgardo Guevara Gutiérrez, me esperaba en el Hospital Escuela, centro hospitalario de gran prestigio en los años 80, porque solo especialistas contrataba el Estado para laborar y atender la ciudadanía en general. Cabe decir que estoy sumamente agradecido por la atención del personal y la buena operación que hizo el Dr. Cartefon con los análisis del doctor Lorenzo Amador, mi buen amigo. El cuadro era de muerte por la gran pérdida de sangre, sangre que me fue donada por un contingente universitario que en ese momento donaron 32 pintas de sangre. Muchas gracias a estos hombres, ya que fue hace 20 años, ellos tenían un promedio de 20 años, ahora tienen más de 40 años, les rindo las gracias, ¡muchas gracias! Fui operado de emergencia, estaba en cuidados intensivos, vi morir allí mismo a otros pacientes que no soportaron lo duro de sus enfermedades. Después de este cuadro aparecí a los días por mi ciudad, Choluteca y con las atenciones de mis familiares fui recuperándome muy rápido.

Pasado el tiempo cuando ya me sentía lo suficientemente fuerte para medio hacer tareas, tomé CINCO MIL LEMPIRAS (L. 5 000.00), para comprarme un televisor, cuando iba en camino me acordé que tenía que hacer una diligencia en la casa de unas amistades, cuando estaba a una cuadra de llegar adonde iba a

hacer la diligencia fui interceptado bruscamente por un pick-up doble cabina Toyota color blanco con varios elementos en su interior y uno de ellos salió del carro me preguntó mi nombre; (muchas personas que transitaban en ese momento por allí fueron testigos de este suceso) yo le contesté que me llamaba Hernán Guevara, y él asintió... “así es...” y procedió a revisar mi vehículo en la parte delantera y trasera... “sí” dijo a los otros... “¡Este es! Pero no tiene golpes el carro...” lo dijo en voz media fuerte. “¿Ha viajado a Tegucigalpa recientemente?” preguntó... “hace un mes” contesté. “El problema es —dijo este señor— que su carro esta reportado de Tegucigalpa, que tuvo un accidente, pero yo veo que no tiene golpes...”. “Así es, señor —contesté—, yo no he tenido ningún accidente”. “Bueno iremos a Tránsito y arreglaremos que usted no tiene nada que ver con el accidente ¿le parece?”, recalcó el sujeto, que momentos antes había interceptado mi vehículo. “Está bien” le dije. “¿Puedo acompañarlo en el carro?” me dijo. “¡Claro!” contesté, y acto seguido abrió la puerta y se sentó en el lado opuesto al mío. Arranque mi vehículo y al querer dar la vuelta a la esquina le dije: “pasaré dejando un dinero”, acto seguido, aquel hombre delgado, con voz nerviosa, colocándose el cañón de la pistola en mis costillas derechas me dijo: “siga adelante y no haga más que lo que yo le diga”. Me puse inquieto y seguí manejando hacia el lado del Parque Valle, Choluteca, donde están las oficinas de la FUSEP (Fuerza de Seguridad Pública), Tránsito y DNI (Dirección Nacional de Investigación) —ahora Policía Nacional—. Allí me baja del carro y me condujeron a las oficinas de la DNI.

Un individuo pequeño con cara autóctona me dio un empujón y caí en un asiento, se me abalanzo tomándose del pelo y presionando mi cabeza en el asiento y me dijo: “Desgraciado ¿quieres matar al gobierno?” Me incorporé arreglándome el pelo me ref de las palabras de este señor, por lo que él se enfureció y volvió a decirme: ¿y, todavía te reís comunista?

Me quitaron el reloj, los L.5 000.00, mis papeles, la faja y los cordones de los zapatos. El que estaba en el escritorio, un tipo alto, delgado, con vos baja, burlona, y mirándome fríamente me dijo: “Te quitamos la faja y los cordones, porque con lo que te vamos a hacer vas a querer suicidarte. Seguidamente me llevaron a la celda en el interior del solar, ante el asombro de todos los

agentes de tránsito y miembros de la FUSEP, a quienes, a grandes gritos, les decían los de la DNI: *¡nadie lo vea, ni nadie hable con él; ¿entendido?*; los que estaban cerca eran empujados por mis captores, quienes me metieron en una celda, no sin antes sacar a uno que estaba allí, borracho, conocido mío, pero se me escapa el nombre. Había en la policía de hacienda un amigo mío llamado Juan Ordoñez, quien estaba allí, con un gesto preocupado y a él también le ordenaron que no me viera; pero yo con un gesto de súplica, le hacía una pequeña mueca o gesto para que avisara a mi familia; cabe decir que este amigo fue castigado por un mes en una celda, por haberme visto; aunque en ese momento no se dieron cuenta que él fue quien avisó a mi familia, quienes llegaron a las oficinas del DNI, a preguntar por mí, quienes al ver la actitud fuerte de mi familia, mis secuestradores les preguntaron a mis familiares que quien les había informado —un amigo —les contestaron, —y, muchas personas que vieron cuando ustedes lo capturaron —respondieron.

Al darse cuenta que no les convenía tenerme allí, se dio la orden, con la rapidez de un rayo, que me sacaran inmediatamente y me sacaron por el portón trasero de las oficinas de la DNI, subiéndome a mi propio carro, manejado por mis secuestradores. Yo me encontraba esposado.

Con todo el escándalo, haciendo rechinar las llantas de mi carro, salimos de Choluteca, tomando calles que, según ellos, no los delatarían y nadie sabría que me llevaban secuestrado. Yo, estaba aturdido, no salía de mi asombro, yo creía que se me había detenido porque compraba ganado hondureño y nicaragüense, y lo vendía acá con las empacadoras salvadoreñas, quienes compraban los animales a mejor precio. Había comprado una parcela en Nacaome, departamento de Valle, y por allí hacía mis transacciones; yo creía que ese era mi delito y que me conducirían a Tegucigalpa, pensé que esto sería cuestión de buscar un abogado y salir de esta situación.

Pero no fue así, me condujeron a la ciudad de San Lorenzo, departamento de Valle, llevándome a las celdas de la DNI, me encerraron, yo escuchaba música, cohetes; dándome cuenta que esta ciudad celebraba su feria patronal, 1981 mes de agosto 4.º día.

Alguien entró a la celda donde me encontraba, hablándome muy cordialmente y se hacía llamar muy amigo de mi hermano mayor, Juan Ramón Guevara, a la vez que me decía que mejor cooperara con los de la DNI, para que no me pasara nada malo, yo, callaba y me imagine que era un elemento de la DNI, que fue filtrado para ver lo que decía. Nuevamente llegaron los tres secuestradores, quienes me llevaron donde ellos tenían mi vehículo y salimos para Tegucigalpa. En la carretera de San Lorenzo, Júcaro Galán, por donde era en ese entonces la Cooperativa de Algodón, se metieron en un desvío y procedieron a capturar a un compañero, amigo, quien trabajaba en el Hospital de Choluteca, era de apellido "Rodríguez", Nico, le decíamos, conocido por ser una persona de buenos sentimientos y de una sola pieza; muchas veces platicamos sobre la situación del país y la caótica realidad del ejército y los partidos tradicionales. Era muy comunicativo, servicial y querido por su responsabilidad de trabajador. Cuando íbamos en mi vehículo, los dos esposados en la parte de atrás, cruzábamos nuestras miradas.

Mis captores sacaron unos papeles y yo de atrás del vehículo con mucho cuidado leía lo que el captor iba viendo, vi el esquema de la casa donde yo vivía, el nombre de mis pocos vecinos y otra lista de personas que no preciso; avanzaba el carro y mi mente no dejaba de pensar más que en la llegada a Tegucigalpa, M.D.C., pero, tenía dudas ya que mi amigo Nico, no estaba vinculado al negocio de ganado.

Llegamos a Tegucigalpa, M.D.C. y con mucha impaciencia de los secuestradores por el tráfico, quienes vociferaban frases de insultos protestando por el atraso del congestionamiento de autos en las calles.

Salimos de Tegucigalpa, rumbo a la carretera que conduce al norte de nuestro país, allí me di cuenta de lo que sucedía, esto había sido un secuestro. Me acordé de mis apreciaciones políticas y mentalmente en ese preciso instante me dije: "me van a matar".- La zozobra me invadió y entré en pánico yo, estaba impaciente y no pensaba coherentemente, sino que infinidad de ideas se jugaban en mi cerebro, pensaba en mi madre, mis hermanos, mis parientes, mis hijos; llegue a estresarme y sofocarme en mi interior, me imagino que mi cara reflejaba todo lo mal de mi

estado de ánimo. Indudablemente una situación crítica en todos los aspectos.

Seguíamos en mi vehículo, conducido por mis secuestradores. Cuando nos acercábamos al poblado de Támara (carretera al norte), detuvieron el vehículo y nos vendaron. Yo había captado el letrero grande a la derecha donde se leía ron Flor de Caña, y doblamos en sentido contrario, a la izquierda del camino de tierra y, no muy lejos de la carretera principal, detuvieron el vehículo y nos bajaron. Como estábamos vendados, agarrándonos del brazo fuimos conducidos al interior de una casa, nos sentaron en el suelo, nos quitaron la ropa, cambiaron las esposas por sogas en las manos y en los pies, estábamos “desnudos”. En ese mismo lugar habían otras personas, se podía percibir que ellos también habían sido secuestrados, no puedo precisar el número de personas que nos encontrábamos allí, pero se podía entender que eran conducidos uno a uno a una recámara aparte, donde los golpeaban y les gritaban insultos por parte de los secuestradores: *¡Comunistas hijos de puta!* Y los golpes sonaban más y más seguidos, y se escuchaban lamentos y quejidos por parte de los secuestrados. Según los secuestradores, los llevaban allí para interrogarlos, estos interrogatorios eran más largos por los golpes que por lo que preguntaban.

Yo, esperaba mi turno, lo cual era una agonía, ya que seguía otra persona, otra y otra. A media noche alguien me pateó en las piernas y me ordenó que me levantara. Como pude me incorporé pero no podía dar ni un paso porque tenía amarrado mis pies, no podía dar ni un paso. Las esposas ya me habían hecho mucho daño en las muñecas y los lazos que amarraban mis pies estaban demasiado apretados, no podía dar el paso. Al fin, entré a empujones y caídas, entré a la sala y me sentaron en una silla. El que llevaba la voz de mando, fingiendo su tono de voz y hablando pausado, me preguntó: *¿Cómo te llamas?:* Hernán Guevara, conteste y no pude terminar de decir mi apellido Gue... cuando recibí un tremendo golpe en la cabeza que me sorprendió, produciéndome un shock, ya que vendado no sabía lo que ellos me hacían, ni en el momento que lo iban a hacer; solo sentía lo tibio de la sangre que me bajaba por la sien, por el lado izquierdo de la frente, movieron lentamente la silla y otra vez la voz repetía *¿Cómo te llamas?,* hice una pausa y contesté: *Hernán Gue..., otra*

vez, sonó en mi cerebro otro golpe que hacia el mismo efecto que el primero; no era posible establecer diálogo. El secuestrador que estaba a mí lado, que tenía otro timbre de voz, me dijo, con voz fuerte y halándome el pelo para atrás dejándome completamente la cabeza para arriba, gritándome: ¡Coopera! Y tiró mi cabeza hacia adelante y hacia abajo. “¿Quién sos vos?, otra pregunta hecha por la misma persona que me interrogaba: Hernán Guevara... y quedé esperando el golpe, pero, en lugar de eso, sentí un zapato en medio de mis piernas en la silla empujándome para atrás, yo creí que me tiraban de un piso a otro, ya que mi caída se tardaba; al fin caí, sin poderme defender, con mis manos y pies atados y mis ojos vendados; estaba impotente para defenderme, ante tales circunstancias obviamente no hay defensa.

Me cargaron entre dos, quienes me levantaron los brazos y me ordenaban que me parara; así me llevaron al cuarto o área donde estaba un servicio sanitario, por lo que podía orientarme, me tenían en una casa particular, como sentía el tamaño de las habitaciones: era una casa grande bien construida. Después diré porque pude apreciar eso.

Allí me dejaron tirado en el piso, en una posición semi enrollado; yo quería incorporarme y después de mucho esfuerzo quede hincado, pero sentado en los talones de mis pies, la espalda encorvada y mi cabeza colgando hacia adelante, casi la barbilla pegaba a mi pecho. La sangre había cesado, no me sentía cansado, me sentía... humillado... No preciso la hora, pero si, era de madrugada y los zorzales daban sus primeros trinos espaciados, abrieron la puerta estrepitosamente y colocaron tres ventiladores a toda velocidad, y girando de acá para allá, los tres ventiladores estaban dirigidos a mi persona; luego entendí que esto lo hacían para deshidratar mi cuerpo, debilitándome al máximo. Luego, entró otro hombre, que era de los mismos que llegaron primero, y puso un aparato de radio con todo su volumen; también comprendí que ellos hacían esto para que yo no escuchara lo que ellos hablaban o que no escuchara los interrogatorios que hacían muy cerca de donde me tenían. Pasado el tiempo, los ventiladores y la radio me tenían desesperado ya no quería escucharlos. Pero los secuestradores no se dieron cuenta que también escuchaba las noticias y yo me daba cuenta de mi situación allá afuera.

A través de la radio oía a mi madre leer la carta que a continuación transcribo:

**Carta pública**

**Al señor presidente de la República de Honduras**

**General de Brigada y División**

**Don: Policarpo Paz García**

**Casa Presidencial**

**República de Honduras, Centroamérica**

**Tegucigalpa, M.D.C.**

Yo, EVANGELISTA GUTIÉRREZ GUEVARA, mayor de edad, viuda, hondureña y vecina de la ciudad de Choluteca, municipio del mismo nombre, madre de 8 hijos, todos ya profesionales que sirven de una u otra forma a nuestra patria Honduras; con todo respeto me dirijo a usted Sr. presidente para abogar por mi hijo, el cuarto de ellos agrónomo HERNÁN GUEVARA GUTIÉRREZ, el día sábado 8 de agosto como a eso de las 7:30 a.m., en una de las calles céntricas de esta ciudad de Choluteca y conduciendo su vehículo *pick-up*, color azul metálico, cabina y media, marca Datsun; Hernán se conducía a su trabajo cuando fue capturado por agentes del DNI, llevándolo a las oficinas de la FUSEP y luego su vehículo fue conducido por otra persona no identificada para luego introducirlo en el patio de las mencionadas oficinas por la parte de atrás. Todos estos hechos fueron presenciados por personas amigas a nuestro hijo, que se merecen mucho respeto y para evitar posibles daños a personas omitimos sus nombres.

En cuanto fuimos avisados de lo ocurrido, con ayuda de mis hijos y demás familiares, nos pusimos al habla con las autoridades tanto del DNI como de la FUSEP y en vista de que se nos negaba que mi hijo no había sido detenido por ninguna de esas oficinas: El día lunes 10 de los corrientes visitamos al Sr. jefe de esta Zona Militar coronel Daniel Balí Castillo, pero fue imposible dialogar con él, tuvimos que buscar ayuda con personas amigas de él para que el día siguiente

nos recibiera y fue así como pudimos entrevistarnos con el señor jefe de zona; quien nos informó que él no sabía nada del paradero o el porqué de la detención de mi hijo Hernán.

Los días transcurrían y venían personas amigas, unas decían haberlo visto en las celdas del DNI, otras dijeron haberlo visto en el cuartel, en compañía de otras personas de San Marcos de Colón, luego se nos dijo que había sido traslado al Batallón 30 de Mayo (SALAMAR).

La verdad señor presidente que hasta el día de hoy, no hemos descansado de hacer averiguaciones con todas las autoridades sobre el desaparecimiento de mi querido hijo y nada se sabe; son casi ya tres semanas y estamos como el primer día de su captura por agentes del DNI, de eso sí estamos seguros.

Señor presidente, acudo a usted como madre angustiada, con mi corazón traspasado por el cuchillo del dolor; como mujer cristiana que creo en la justicia divina y, pido al señor Jesús iluminen su mente y le de sabiduría a usted y todos lo que gobiernan esta nuestra querida Honduras; para que se ejerza justicia, se respeten los derechos humanos y que no se violen los más elementales principios de nuestra constitución. Que se den garantías personales, que haya libertad de trabajo y de pensamiento. Yo creo general que todavía Honduras se puede librar de esa violencia represiva, social y política que viven otros países vecinos y toca a usted y a todos los que tienen el poder de luchar por nuestro sistema democrático, donde impere la paz y la justicia sin distinciones de ninguna clase ni credo. Con todo respeto señor presidente apelo a usted, para que se ordene a quien corresponda la búsqueda de mi hijo HERNÁN desaparecido desde el 8 de agosto y que se nos dé a conocer el porqué de su captura. Si tan grave es el delito que ha cometido, crimen, robo, contrabando, etc. Todo tiene su defensa y como si no, pues que

cumpla su castigo según las leyes de nuestro país en las celdas de una cárcel, pero ya se dejen de tanto misterio, en querer callar y esconder las personas y el delito cometido.

Confío en el gran poder de Dios, que él ha de cuidar de mi hijo ya que en el mes de marzo fue sometido a una delicadísima operación y su estado de salud es muy delicado todavía. Tan es así que el día de su captura andaba con fuerte calentura y para dar fe de esto adjunto una certificación médica de su reciente operación para que comprueben su delicado estado de salud.

Como hondureña y como madre que me amparan todas las leyes, pido ayuda también a las Asociaciones Femeninas de Honduras, a la Comisión Interamericana de Mujeres, que se unan al grito de dolor de esta madre, a los estudiantes universitarios, a los colegios profesionales del país, a todas las organizaciones que me den su apoyo para que todos unidos pidamos a las autoridades competentes el paradero de mi hijo, si es que todavía vive. Ayuden a esta madre angustiada que solo el poder de Dios me tiene con fortaleza espiritual a pesar de mi delicada salud; no me dejen sola, hoy me toca a mí vivir esta prueba de dolor, mañana será otra madre, esposa, hijo, etc., que pasará por esto mismo.

Amparándome en la Constitución de nuestro país, en el artículo 56, donde dice que el Estado de Honduras garantiza la inviolabilidad de la vida, sin que ninguna ley, ni por ningún mandato de ninguna autoridad pueda establecerse ni aplicarse la pena de muerte. Luego, el artículo 57, dice que la libertad personal es inviolable y solo con arreglo a las leyes podría ser restringida o suspendida temporalmente.

El derecho de defensa es inviolable. Los habitantes de la República de Honduras tienen libre acceso ante los tribunales para ejercitar sus acciones en la forma que señalan las leyes.

También ampara en el artículo 58 de la misma constitución, reconoce el derecho de amparo y la garantía de exhibición personal, el *habeas corpus*.

En consecuencia, toda persona agraviada o cualquier otro nombre de esta tiene derecho:

- a) Interponer recurso de amparo
- b) Interponer el recurso de exhibición personal

1) Cuando se encuentre ilegalmente presa, detenida o cohibida de cualquier modo en el goce de su libertad individual y,

2) Cuando en su prisión o detención legal se apliquen al preso o recluso, tormentos, torturas o extracciones ilegales, vejámenes y toda coacción, restricción o molestias innecesarias para su seguridad.

Art.60- Toda persona acusada de delito tiene derecho a que no se prejuzgue su responsabilidad, considerándose como inocente mientras no se pruebe lo contrario.

Art.61- No podrá proveerse auto de prisión, sin que proceda plena prueba de haberse cometido un crimen o simple delito que merezca pena de privación de la libertad y sin que resulte indicio racional de quien sea su autor.

Art.62- Nadie podrá ser arrestado, detenido o preso sino en virtud de mandato escrito de autoridad competente, según lo establecido en la ley.

Art.63- Ninguna persona podrá ser detenida por más de 24 horas sin ser puesta a las órdenes de autoridades competentes para su juzgamiento. La detención para inquirir no podrá pasar de seis días.

Los artículos 64 y 65 se refieren a que nadie puede ser detenido sin prestarle fianza. Cuando el delito no pase de tres años y el siguiente que nadie debe ser preso o detenido en lugar que la ley no señale. Las cárceles son establecimientos de seguridad y defensa social. Art. 66, que ninguna persona puede permanecer incomunicada por más de 24 horas. La contravención de esta disposición será penada por la ley. Art. 70, también, nadie se le impondrá pena alguna sin haber sido ejecutada por orden de un Juez o autoridad competente. Art. 81, ninguna persona puede ser inquietada o perseguida por sus opiniones. Las acciones privadas que no alteran al orden público o que no causen daños a terceros, estarán fuera de la acción de la ley.

Es así señor presidente general Policarpo Paz García, que en base a los anteriores artículos vigentes en nuestra constitución y creyendo que aún en mi país no se violan las leyes, porque estas se han escrito para que se cumplan y se respete, es que solicito a usted, con el respeto que se merezca, que se me diga donde tienen a mi hijo. Honduras también es un país que integra las Naciones Unidas y en la Carta Internacional de los Derechos Humanos aceptada y proclamada en la Asamblea General de la ONU el 10 de diciembre de 1948 dice en su Art. 3 que todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad, a la seguridad de su persona. El artículo 5 dice: Que nadie podrá ser sometido a torturas, ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes. El artículo 8, toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes que la amparen contra actos que violen sus derechos fundamentales reconocidos por la Constitución por la Ley. El artículo 9 de la misma Carta de los Derechos Humanos, dice: nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso o desterrado. El artículo 18, toda persona tiene derecho en condiciones de plena igualdad a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal

independiente e imparcial para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación en contra de ella en materia penal.

Con todo lo antes expuesto, nuevamente Sr. general Policarpo Paz García, confío en usted, y en todos los que con usted gobiernan para que una vez más se conozca a nivel internacional que en Honduras si se respetan las leyes y se respetan la dignidad humana de los hombres y mujeres de nuestro país. Con la fe puesta en Cristo Jesús que todo lo puede y en usted que todo lo puede ordenar, me suscribo con muestras de mis más alta consideración, aprecio y respeto.

De usted atentamente,

*EVANGELISTA G. DE GUEVARA*

## VIVIENDO MI SECUESTRO

**A** cada momento entraban y salían los secuestradores que estaban vigilándonos, ya que el número era como de cinco (5), en cuanto entraban donde yo estaba, me daban patadas y, los insultos eran frecuentes. Si hay algo que identificaba a los elementos del DNI, era su vocabulario entre ellos y peor para dirigirse a uno, esa materia la pasaban con 100 %; esto da la pauta la clase de personas que conformaron esta unidad tan especial del Ejército de Honduras.

Se hizo de día y el ajetreo de entrar y salir de la casa se hacía notar que traían a más secuestrados y también se los llevaban unos vivos, otros muertos. El ir y venir era notorio, una cosa siempre me llamó la atención, que siempre llegaba una niña a dejar comida y se escuchaba su risa, y su manera de hablar rompía la atmosfera de aquel sombrío lugar, no sé, si ella sabía que estábamos allí, yo solo la escuchaba.

Ubicar mi mente al lugar donde me encontraba era fácil, se oía trabajo de la carretera, principalmente los furgones; seguramente hay árboles frutales, por los pájaros que se escuchaban. Había algún espacio donde llegaba un helicóptero muy a menudo; muchos detalles que los sentidos perciben principalmente por el estado de tensión en que me encontraba.

“¡Levántate hijo de puta!” fue la orden del segundo día, yo había tomado la posición acostado y enrollado. Me incorporé con las palabras de “¡APURATE!, ¡APURATE!”, “¡YA LA CAGAS...!” y, al medio incorporarme me tomaron de los brazos y medio dando pasos encontrados caminaba incómodamente. Me sentaron... en la misma silla y comenzó el interrogatorio, igual al anterior: ¿Cómo te llamas? Hernán Guevara, el golpe no se hizo esperar, más sangre; repitió: ¿Cómo te llamas? No contesté, fue lo mismo

a la vez que decía: “¡Contesta cabrón!”, me daba el golpe en la cabeza, más dolor y más sangre. El que estaba interrogando con voz pausada, fingiendo su tono me dijo: “Te llamas Esteban, perteneces al Farabundo Martí, tienes un grupo de revolucionarios en Honduras, por las noches atas los puestos fronterizos y te repliegas en el día; tu hermano en Cuba es el contacto con Fidel Castro, quien te manda \$40 000.00 mensuales, para ayudar a los sandinistas nicaragüenses y a los de El Salvador; sabemos que tienes una propiedad en la frontera con El Salvador, donde practican y circulan los guerrilleros creyéndose campesinos, sus planes son botar al gobierno de Honduras; sabemos quién sos ¿es cierto o no?”. “No señor”, contesté. Empujaron la silla, caí y las patadas y golpes fueron tantos que no recuerdo cuando dejaron de golpearme. Solo escuché: ¡saquen este cabron!; traigan al siguiente, todo magullado y adolorido fui arrastrado al lugar que me tenían asignado, el servicio sanitario de la casa. Ese segundo día, fue tremendo pasarlo; yo, en mi estado y los demás eran golpeados el doble que a mí. Oía gritos desesperados que eran sofocados por el desmayo de la muerte. Los ventiladores seguían sonando, de vez en cuando orinaba en la posición en que me encontraba y no sentía deseos de defecar. Al entrar alguien le pedía: “Por favor deme agua”, “¡no hay agua pendejo!, está prohibido darte agua, si quieres toma del servicio”; la fetidez del servicio era tal que me imagine como se encontraba esa agua. Ese día fue largo, en la posición clásica sentado en mis talones encorvado hacia abajo y mi cabeza pegando al pecho, pensaba infinidad de cosas. ¿Mi madre que estaría haciendo? Ella era una mujer muy valiente, muy llena de fe en su concepción religiosa, que nunca se le tomó en cuenta en la iglesia por eso, fue tomada en cuenta porque aportaba dinero, yo iba a dejar su aporte al padre Jesús, y recuerdo que decía: “Los ricos dan poco y los pobres no dan nada”. Cuando le contaba a ella esto, ella contestaba: “no le hagas caso, yo le doy a la iglesia, no a él.”; ella nunca acepto mi muerte, ¡no lloren! Decía mi madre: “mi hijo está vivo”, diciéndoselos a todos en tono seguro. Yo pensaba en mis hijos; mis amados hijos gemelos: Hernán, Rafael, mi hija Maritza, mi Lizeth, Rubén Emilio, José Luis, Elita y mi querida Chela: Ileana Victoria, y mi recordada hija Claudia Isadora, de quien, en esos días me di cuenta después, que la vida la deparaba un par de sorpresas, la amé en silencio y a la par de mis hijos, siempre la tomé en cuenta. Claudia hija,

yo pasaba el tormento de mi secuestro, tú pasabas a conocer tu realidad, la verdad.

Pensaba en mis hermanos: Juan Ramón Guevara, mi hermano padre, yo siempre dije que a la falta de padre él tomaba su lugar, sabía como se encontraba y también como actuaba; después relataré sus acciones que determinaron en gran parte que los militares secuestradores tuvieran miedo. Javier Edgardo Guevara, pensativo, calculador, lleno de cólera por dentro, certero en sus apreciaciones y decidido a cualquier acción que lo condujera a saber dónde me tenían. Delia María Guevara de Córdova, entendida de la situación, buscó allá de donde me tenían, no fue crédula, secundó valientemente a Juan. Rubén de Jesús Guevara, mi hermano menor, calculador de pocas palabras y apreciaciones temerosas tal vez porque no quería que lo relacionaran con mi secuestro; mi hermano José David Guevara, me ayudó a recuperarme de mi secuestro en México y mi hermano Óscar E. Guevara, vivía en Cuba, donde mis captores decían que recibía de Fidel Castro ayuda para la revolución de Centroamérica, deseaba estar acá en Honduras para ver cómo estaba el conflicto.

Mis hijos, Hernán y Rafael, aquí descansa mi final, no tenían edad suficiente para determinar que pasaba, pues ya habían pasado por cosas tristes, como la separación de su madre y yo. Mi hijo menor, José Luis, no había convivido mucho tiempo con él, pero estoy seguro que sentía mi desaparición; Rubén Emilio, Elita e Iliana, estuvieron viviendo los sucesos aparentemente tranquilos pero dispuestos a la acción cuando la situación lo determinara, Elita, me dio mucha información que será después revelada. Maritza y Blanca Lizeth, con quienes conviví, muchos años hermosos y a quienes extrañaba mucho.- Así pasaba yo pensando en los míos, sin quedarse nadie por fuera, luego pensaba en mis entrañables amigos, mis familiares, recordaba a todos y cada uno de ellos. Mi cabeza aparentemente chocada por todo, no dejaba de pensar, y dentro de esa convulsión venía la idea: “¿Qué voy a hacer”?, ¿Escapar?, imposible, estaba amarrado, desnudo, golpeado, vigilado; era difícil alimentar esa idea. Al llegar la tarde noche, creo yo, se me colocó en un cajón donde mi cuerpo estaba todo enrollado, la venda casi se me caía de los ojos y buscaba la manera de colocármela doblando mi nuca, para que la cabeza alcanzara el hombro, hubo un lapso que al estar en eso

de la venda vi por una ranura del cajón donde estaba metido todo doblado, vi a un señor que lo conducían de un lado a otro de la casa, llevaba una camisa cuadriculada, era alto, blanco, con cara triste, ante mi asombro me di cuenta quien era; antes de que me secuestraran ya había visto en los periódicos la noticia de este empresario de Tegucigalpa, M.D.C., pedían los secuestradores L. 1 000 000.00 por su rescate. Quedé sorprendido, los militares por medio de la DNI, secuestraban empresarios para pedir rescate.

Paso la noche, no había dormido y un zorzal me daba aliento de vida al anunciarme cada día; me sacaron del cajón y me condujeron al mismo lugar, el servicio sanitario, ese día hubo muchos movimientos en aquel lugar; entraban y salían corriendo y no se escuchaba ningún diálogo, algo subían a un camión, oyéndose el golpe cuando tiraban lo que subían. Luego, una voz al final, me imagino que era la voz del chofer, exclamó: “¡Llegaré a Nacaome al medio!”, encendió el motor del carro y salió.

La radio sonaba y mi oído se iba acostumbrando al sonido, y, escuchaba otros sonidos, es sorprendente la manera cómo reaccionan los sentidos, no podía ver pero percibía lo que sucedía a mi alrededor. Como a la una de la tarde, después de varias veces que se abría y cerraba la puerta del servicio, llegaron a traerme; incorporarme era más difícil; sentía agarrotado mi cuerpo; pero ante las presiones acostumbradas de mis captores, entre empujones, golpes e insultos me incorporaba como podía para salir del baño e ir a mi largo trayecto hacía la sala de interrogatorio, donde me sentaban en la misma silla y, no se hizo esperar aquella voz fingida de algún jefe militar de alto rango, quien me dijo: “Bueno, ¿hoy si vas a cooperar verdad? Ya sabemos que sos del Partido Comunista y que allí te dicen Esteban, porque se cambian de nombre. Además, quiero saber cómo conseguís las armas para los revolucionarios de El Salvador y Nicaragua, yo escuchaba palabra por palabra, frase por frase, tratando de descifrar aquella voz, yo casi reconocía esa voz, que yo sabía que era fingida porque seguramente nos conocíamos, y él lo sabía también; “¡Contestá cabrón!”, me golpeó el que estaba a mi lado para hostigarme, “¡habla comunista!” musite: “ni compro armas”, el golpe fue muy fuerte y quedé como se dice atolondrado, no hubo sangre, ya que con lo que me golpeo no era igual a lo que habían utilizado antes. Pasado el tiempo, se dedicó mi verdugo

a jalonearme el pelo, volteándome la cabeza para atrás y para adelante: ¿Quién putas te vendió las armas? Contesta cabrón. “Nadie” conteste. No quedé bien de aquel golpe y creo que ellos se dieron cuenta, ya que el jefe gritó “llévenselo”, y fui conducido con jalones de mis hombros, empujones, casi corría y los famosos insultos propios de su vocabulario; me costó llegar a mi cuarto (el servicio), y me tiraron al piso, al mismo tiempo que escuchaba que uno de ellos, con voz colérica, me decía: “sos hombre muerto ¡hijo de puta!”, que golpe aquel, quedé en aquella posición medio de lado y encorvado ahora recuerdo mis lágrimas salían a torrentes. No podía contener mi llanto, lloré tanto que la venda de los ojos quedó empañada con mis lágrimas. No se cómo pasó el tiempo, pero me di cuenta cuando me levantaron del piso y arrastrado me metieron al cajón, en el cajón estaba mejor de lo peor, era mejor el cajón, no habían ventiladores ni radio. Miré por la hendidura porque oí pasos y vi nuevamente al empresario que caminaba acompañado por un custodio; allí me di cuenta que a este señor lo llevaban al servicio sanitario cuando a mi me sacaban de allí. Así llegó el cuarto día, siempre con los ventiladores y el sonido de la radio. Esperaba cada día pensando que iba a suceder en ese día y no me ocurría nada; cada día era impredecible por ellos, los de la DNI manejaban la situación. Creía ver para afuera, pero no había ventanas bajas, solo una ventana superior. La vigilancia era estricta y a cada rato entraba uno y a otros los diferenciaba por su tono de voz.

Día siguiente: ese día hubo mucho movimiento de camiones, gente que corría de lado a lado, otros gritaban dando órdenes: “¡póngalos allí!, ¡páselos para allá!, ¡amárrenlos bien!, ¡vos, cabrón véndalos bien”.

El tal «muco» (así se les denomina a los nicaragüenses, en Honduras es catracho y en El Salvador es guanaco) era en verdad de Nicaragua, por su reconocido acento y miembro de la contra antisandinista acérrimo; (por su acento reconocí que era el que me golpeaba más; preguntándome: “¿Quién te vende las armas?”), de pronto mis pensamientos se detuvieron cuando escuché a alguien decir: “veintidós señor”, ese era el número de personas que habían llevado al interior de la casa. Por su timbre de voz, se apreciaba que las 22 personas que habían llegado a la casa eran jóvenes de entre 18 a 20 años en su mayoría; pedían

comida, agua, pero; los sofocaban a punta de golpes y sus frases se hacían entrecortadas. Ese día no me sacaron a interrogatorio, estaban muy ocupados con estos jóvenes. ¿Quiénes eran estos jóvenes? Eran miembros del Frente de Liberación Farabundo Martí, cantaban el Himno Nacional de El Salvador, el de Honduras, e infinidad de cantos cristianos, su espíritu era alegre; los jóvenes pensaban que serían deportados.

Por la tarde llegó un elemento militar de alto grado conducido a Támara por helicóptero, todos sus secuaces se apresuraban en darle información; sobre como capturaron al grupo, las armas que decomisaron, la lectura que portaban, en fin, le informaron todo. “Bueno, —dijo el militar Panamá, los acogerá, los deportaremos mañana, solo estamos haciendo los arreglos para mandarlos”, “¡Gracias señor!”, decían los muchachos, y seguían orando y cantando. Yo, me entusiasmé y me dije: “si a ellos los despachan a Panamá, yo puedo irme también, allá tengo un amigo que puede ayudarme”, pensaba con alegría y creía que era una buena alternativa. Mis pensamientos se detuvieron cuando un secuestrador entró al baño donde me encontraba, me imagino que se peinaba. Me armé de valor y le dije: “Jefe, — espere su reacción”. “¿Qué fue?”, me contestó desganado, “¿no podrían ponerme en ese grupo que deportan a Panamá?”, hubo un pequeño silencio que fue interrumpido por una risa burlona, y dijo: “no sabes lo que pedís” y continuo: “ellos son salvadoreños y vos te quedas aquí”.

Entraban y salían los de la DNI y, los muchachos salvadoreños quienes hacían sus necesidades físicas. Ya entrada la noche, me imagino que como a las ocho más o menos, llegaron estrepitosamente dos camiones; entraron sus conductores y personas a la casa y a gritos apurados decían: “rápido metan a los muchachos al camión para conducirlos a otra casa”. Se oía el trajín apurado de los secuestradores, sacando a empujones, golpes y malas palabras a los jóvenes; 22 muertos esa noche. Lloré tristemente metido en el cajón, aparentemente quedamos pocos en casa, apreciaba de ocho a diez personas en aquel silencio de tumba.

No había tal Panamá, ellos fueron asesinados por el cuerpo represivo de DNI... no sabes lo que pedís” aquella frase que quedó confirmada.

Siempre el zorzal con su canto me indicaba un nuevo día. Salí del cajón pero no me llevaban al servicio sino a un cuarto que era una recámara, se sentía el ambiente de más espacio y algo de claridad por las ventanas en la pared; no hubieron ventiladores pero sí la radio, seguía sus programas acostumbrados. Tranquilidad aparente... tiempo de reflexión para mi mente, que podía hacer... escapar imposible. La venda se me bajaba por el ojo derecho, miraba árboles afuera. En mi acostumbrada posición, reposaba pensamientos pasados y siempre mi familia la tenía en mente. ¿Pensar en Dios? No se me había ocurrido, no, no era mi estilo, esto lo pensé fugazmente, que incertidumbre, ¿cómo era posible que mi país se prestara para tan atroz proceder? ¡No lo podría creer! Un humano castigando hasta la muerte a otro igual, hubo veces que creía que vivía una pesadilla o sueño.

Como puede el Ejército de Honduras venerar a una persona como lo fue Francisco Morazán haciendo semejantes atropellos, estoy seguro que si Morazán, hubiera estado vivo en esta época de los 80 hubiera fusilado a esta recua de asesinos. Por eso considero que esta clase de gente es la que asesinó a Francisco Morazán. Tenía en mi concepción revolucionaria a Morazán, por eso aquí su verdadero sentir en el testamento que legara a la juventud de Centroamérica, y en especial sintiendo así por la afinidad de hondureños a la juventud de Honduras.

“Declaro: que todos los intereses que poseía, míos y de mi esposa, los he gastado en dar un Gobierno de Leyes a Costa Rica, lo mismo que dieciocho mil pesos y sus réditos, que adeudo al señor general Pedro Bermúdez.

Declaro: Que no he merecido la muerte, porque no he cometido más falta que dar libertad a Costa Rica, y procurar la paz a la República. Por consiguiente, mi muerte es un asesinato, tanto más agravante cuanto que no se me ha juzgado ni oído, yo no he hecho más que cumplir los mandatos de la Asamblea, en consonancia con mis deseos de reorganizar la República; protesto que la reunión de soldados que hoy ocasiona mi muerte la he hecho únicamente para defender el departamento de El Guanacaste, perteneciente al Estado, amenazado, según las comunicaciones del comandante de dicho departamento, por fuerzas del Estado de Nicaragua. Que ha cabido en mis deseos el usar después de algunas de estas fuerzas para pacificar la República, solo era

tomando de aquellos que voluntariamente quisieran la marcha, porque jamás se emprende una obra semejante con hombres forzados.

Declaro: Que al asesinato se ha unido la falta de palabra que me dio el comisionado Espinach, de Cartago, de salvarme la vida.

Declaro: Que mi amor a Centroamérica muere conmigo. Excito a la juventud, que es llamada a dar vida a este país que dejo con sentimiento por quedar anarquizado, y deseo que imiten mi ejemplo de morir con firmeza antes que dejarlo abandonado al desorden en que desgraciadamente hoy se encuentra.

Declaro: Que no tengo enemigos, ni el menor rencor llevo al sepulcro contra mis asesinos, que los perdono y deseo el mayor posible. Muero con el sentimiento de haber causado algunos males a mi país, aunque con el justo deseo de procurarle su bien; y, este sentimiento se aumenta, porque cuando había rectificado mis opiniones en política en la carrera de la revolución y, creía hacerle bien que me había prometido para subsanar de este modo aquellas fallas, se me quita la vida injustamente.

El desorden con que escribo, por no haberseme dado más que tres horas de tiempo, me había hecho olvidar que tengo cuentas con la casa de Mr. M. Bennet, de resultas del corte de maderas en la costa del norte, en las que considero alcanzar una cantidad de diez a doce mil pesos, que pertenecen a mi mujer, en retribución de las pérdidas que ha tenido en sus bienes pertenecientes a la hacienda de Jupuara, y tengo además otras deudas que no ignora el señor Cruz Lozano.

Que este testamento se imprima en la parte que tiene relación con mi muerte y los negocios públicos.

*Francisco Morazán*

## COMPAÑERO DE HABITACIÓN

***E**l tiempo quiere borrar los sucesos. No, no es el tiempo, son las personas interesadas en que no se mire la realidad, principalmente cuando ellos son participantes de estos sucesos.*

Alguien entro apresurado a la casa después de los golpes de las puertas de un carro; pasos apresurados encaminados a la sala que servía a veces para los interrogatorios. Una voz de una persona joven gritaba a voz chillante: “no me maten... no me maten... eran golpes tras golpes y su resonancia anunciaba su muerte”. Casi en agonía a aquel joven lo llevaron a la sala donde me tenían, su apellido era Díaz, originario de San Lorenzo, Valle, cuando pudimos comunicarnos me dijo: “Soy de San Lorenzo. Manejaba la ambulancia y me agarraron ¿y, usted?”, no quería contestarle y me quedé callado. “Escapémonos —dijo— a esta hora solo hay dos guardias. No sé cómo, le contesté, “por las ventanas” continuó diciéndome. Quedé haciéndome un sinfín de conjeturas ¿Por qué me dice que por las ventanas? “¿No estas vendado?” le pregunté. “Se me deslizó el vendaje y creo que podemos escapar, porque estamos cerca de la carretera. Tenga valor —me dijo—; no, —le contesté yo— si salimos nos matan inmediatamente y si nos quedamos nos van a matar, pero es algo que puede suceder remotamente” le dije.

Acto seguido, se abrió la puerta con violencia, y a grito abierto el secuestrador dijo: “este hijo de puta ya nos vio...” y fue llevado nuevamente a jalonazos y golpes, corriendo la misma suerte que los demás. Tenía que cuidarme la venda, así que desde ese día cuando entraban a mi cuarto los secuestradores, lo primero que hacían era cerciorarse que mi venda estuviera bien colocada sobre mis ojos. Y la tenía bien socada.

Ese día transcurrió lento, y no se ocuparon de mí, por la tarde nuevamente me colocaron en el cajón donde pasé la noche, sin dormir. Y no volví a ver al empresario secuestrado, después me di cuenta que fue liberado por pagar el rescate. Cuando salí de mi secuestro, tiempo después, me lo encontré en una gasolinera y me dijo que por favor no dijera el nombre de él. Sus razones tendría.

Nuevamente el **sexto día** fui conducido al cuarto de servicio muy temprano, allí escuché el zorzal. El silencio fue interrumpido por los gritos de una muchacha que decía: “Ya no aguanto, y lloraba desconsolada a la vez que decía: Dios mío, Dios mío ayúdame”. Según los interrogatorios que pude escuchar dijo ser de El Salvador, que tenía familia en Honduras y le habían ayudado a encontrar trabajo en San Pedro Sula; yo no quería conversar con ella, pero con el llanto hablaba entrecortado y gritaba “¡ya no aguanto, me duele el ano!”, sofocadas las palabras por sus captores que le decían: “¡perra, puta vos sos elemento de las guerrillas!” Y, continuaban golpeándola, y decían “¡está buena esta puta!” Ellos continuaron casi todo el día con ella y por la tarde no sé para dónde la llevaron, no sé qué destino tuvo.

Día largo por la noche nuevamente al cajón. Comprobé una vez más la presencia de cinco elementos del DNI, y como seis y ocho secuestrados. Como siempre la niña llegaba alegre a dejar comida. Nuevamente el zorzal daba el toque de la madrugada.

**Séptimo día** fui conducido al servicio sanitario con los mismos modales acostumbrados ya, avanzada la mañana, fui conducido al cuarto donde era cuestionado: “¿creo que ahora si vas a cooperar? ¿Verdad?”, era la misma voz, menos fingida y sí estaba por descubrir quién era esa persona: “¿A quién le compras armas...?” guardé una pausa larga que fue interrumpida por el personaje que me ponían al lado, quien me empujó suave (¿?) el hombro izquierdo... “Yo le he comprado armas al ejército...” le dije... esperando la reacción, la cual no se hizo esperar. “¿A quién?”, se escuchó funcionar una grabadora. “En la armería de Cholulteca”, contesté. Sabía la reacción, fue peor que las veces anteriores: me golpeó la cabeza, caí al suelo, donde fui levantado a patadas y conducido nuevamente a mi habitación (al servicio sanitario), allí me quede, me costó incorporarme, lo que les

había contestado era una burla para ellos y pensé que tendría consecuencias tremendas, aquel día sabía que por la tarde volvería a la caja. Estuve pensando y llorando y la saliva la sentía espesa, la sequedad empezaba a reseca mi garganta. Mi madre ocupaba mi mente, no pensaba en nadie más, tenía mi cuerpo muy débil, solo quería agua.

En la madrugada del **octavo día**, fui conducido, al mismo lugar, en la posición acostumbrada, sentía los ventiladores, escuchaba la radio. Escuche el vuelo de un helicóptero, al poco tiempo oía voces, podía percibir que eran unas tres personas, que eran militares porque sonaba el tacón de sus botas militares, venían directo donde estaba yo, se pararon frente a mí y dijeron: “¿y este, no quiere hablar?”, “no señor”, contestó alguien. Sentí que me colocaban unos alambres entre los dedos, no sabía de qué se trataba, hasta que el golpe eléctrico me estremeció, “pónganle el suero ordenó el militar; tiene que hablar por güevos”; y me golpeó la cabeza un poco, acto seguido se dirigieron a otra persona secuestrada que estaba cerca y lo atacaron brutalmente.

Es difícil explicar lo que uno siente por lo que le hacen a otro, eran un *shock* mental con irradiación a todo el cuerpo, uno se estremece en lo más profundo del ser. Alguien del personal de DNI entró al cuarto del servicio, quedé en espera de cualquier expresión grosera que me dijeran, pero, esta vez, fue una voz amable que dijo: “usted no se merece lo que le hacen, yo lo conozco, no sé cómo aguanta tanto, otros en su caso ya hubieran muerto. ¿Cómo aguanta usted? “no sé”, le pedí agua, a lo que me argumentó, “no puedo darle agua, si se dan cuenta que lo hago, me castigarán por un mes en la celda”. Yo solo asentí con mi cabeza, “gracias” le dije y suspiré. Hubo silencio, al cabo de un rato largo me dijo: “Nos vemos, jefe”. Y quede solo. Era bueno escuchar una voz diferente en aquella tormenta que vivía, no preciso el tiempo, solo recuerdo que llegaron y me pusieron en un pasillo (creo), llegaron unos secuestradores, pasaron una sogá, me amarraron los pies las manos y la cadera. No había más que dos de la DNI. De pronto una voz me dijo: “¿Cómo estás?”, era Nico, no le contesté, pero me sentí contento al saber que era él. Él era una persona positiva y sabía manejar la situación, así pasamos la noche. Muy temprano nos quitaron la sogá y entraron elementos del ejército y quien lo hacía era el tal «muco».

El **noveno día**, estaba en el cuarto de servicio, a eso de las 10:00 a. m., me imagino; rápidamente llegaron dos elementos y me incorporaron y, me tomaron cada uno de un brazo y, me llevaron arrastrado al cuarto donde hacían los interrogatorios, cuando me sentaron en la silla percibí, por las voces que habían otros miembros del ejército; un tono de voz que no había escuchado me dijo: “Hernán, te tenemos agarrado, sabemos que eres comunista y que cooperas con las guerrillas de El Salvador y Nicaragua, y con elementos del ejército quieres dar un golpe aquí en Honduras. Sabemos todo, sabemos que Fidel Castro te está financiando; quiero saber que militares de Honduras te venden las armas, si me das los nombres, te mando a dejar a tu casa, y no te pasará nada”; en segundos pensé: “estos creen que en realidad soy miembro activo de la revolución centroamericana, y que actúo en tres países, ¿qué gran personaje sería?”, no pude contestar nada, que podía decir, nada porque no lo era; al no contestar la voz continuó: “Sabemos que el Che Guevara estuvo en tu casa, una semana, al pasar por Choluteca; ¿niegas esto?”, me levantaron de la silla y, me pegaron a la pared y allí me dejaron recostado, se me acercó el oficial del ejército, pude sentir su respiración, me dijo al oído: “Hernán, voy a levantar la venda de su ojo derecho, le enseñaré unas fotografías y me dice que militar le vende armas del ejército”. Cuando me quitó la venda miraba borroso, me mostró las fotografías una por una, las miraba borrosas y negaba con la cabeza, me preguntó si había un conocido y le dije que no; con un gesto con la cabeza le dijo a los militares que me sentaran en la silla, “¿no quieres hablar, Hernán?”: sino cooperas no te vamos a soltar. “Llévenselo” dijo y se fue del salón donde estábamos.

Fui conducido a mi recámara (el servicio), me coloqué en mi acostumbrada posición, no podía creer lo que estaba sucediendo, según los militares, yo estaba recibiendo sueldo de Fidel Castro, según ellos, Fidel me mandaba cantidades de dólares para financiar la revolución. ¿El Che Guevara en mi casa?, de ser cierto, hubiera dicho que sí, hubiera sido un honor tenerlo de visita en mi propia casa.

El ejército me consideraba una figura importante, el tiempo pasó rápido, analizando todas las cosas que me habían pasado hasta ese momento, yo era una figura importante por lo que estaba sucediendo en Centroamérica. Fui llevado al cajón, por lo que pensé que eran las siete de la noche.

La mañana siguiente, **décimo día**, nuevos sucesos, ya tenía aclarado que había sido secuestrado por el Ejército de Honduras; me condujeron al servicio, por la calma que sentía en la casa, me imaginé que ya quedábamos pocos. Entró un elemento de la DNI, farsante, engreído y fatuo, diciendo que había vivido con una de mis hijas, contando detalles impropios para hacerme sentir mal, lo hacía para molestarme, humillando y denigrando a mi familia; me decía: “mira sos un pendejo, hablá, que te importa ese barbudo cabrón (Fidel Castro), queda bien con el coronel y te damos lo que querrás, pendejo, mira todo lo que tengo por quedar bien con ellos, atrapando jodidos nicaragüenses y salvadoreños, piensa hijo de puta”. Acto seguido me dio tremenda patada y salió gritando GOOOOOL, esa patada dio directamente en la cicatriz rojiza de la operación de la ulcera: quería vomitar, quería llorar y no podía, estaba convulsionando, se abrió nuevamente la puerta y entró alguien, pensé que era el mismo, me acomodé como pude deteniendo mi estómago. “¡Hola Jefe!” Fue la expresión, me calmé en mi desesperación y le contesté “¿Qué tal?”, “¿le han molestado mucho?” Y le seguirán molestando hasta sacarle lo que quieren, esos tipos son duro en ver, yo mismo cuando me dan orden he tenido que matar a muchos dejándolos abandonados en los cañales del norte, en Olancho o en el sur, no sé si eran malos o buenos, pero la orden era matarlos. Estoy aburrido de esto, quisiera salirme jefe, pero de estos no se escapa nadie, luego pregunto: “¿cree que Dios me perdone?”, le contesté que sí solo para quedar bien, “quisiera creer me dijo, y me dijo de nuevo, pero no creo que Dios me perdone,” me volvió a hacer la misma pregunta “¿Cree que Dios me perdone?”, y hubo un silencio corto, le contesté que sí, —y le agregué— perdonó a los que lo estaban crucificando, ¿Por qué no te va a perdonar?. Despidiéndose me dijo: “usted es un buen hombre, lástima en las manos que ha caído, y se fue”.

Me quedé meditando en lo que yo mismo le había contestado a ese hombre, y pensé: “y, a mi ¿podrás perdonarme y salvarme?”, me pregunté y sentí compasión de ese hombre, creo que en estas situaciones platicar con alguien así es difícil. En la tarde noche de ese día, abrieron la puerta violentamente, yo quería incorporarme, hincándome, oí una voz de aquel hombre altanero que gritando decía a otro (a quien pude identificar como Nico): “¡Ese cabron te quemó y declaró que vos estas metido en el

partido comunista, toma la pistola y mávalo, te autorizo que lo mates ¡mátalo!, apúrate él te quemó y te acusó que las armas y las propagandas vos las habías conseguido”. Yo escuchando todo esto, quise gritar, que no era cierto y bajé la cabeza esperando el disparo, como tenía agachada la cabeza y mi nariz (soy narizón), podía ver a las personas por las hendiduras de las vendas, y vi como el arrogante de la DNI, le daba la pistola a Nico; sufrió mucho Nico con este gesto, golpes, maltrato, empujones. La situación estaba complicada, ellos eran capaces de todo por sacar información. Fui conducido al cajón y permanecí toda la noche en vigilia forzada, con múltiples pensamientos.

El zorzal anunció el **onceavo día**, me sacaron y sentí que la debilidad física era notoria, los calambres aparecían en diferentes partes del cuerpo,apestaba a orín y sudor todo, hasta la venda sucia y hedionda, estaba barbón (no me crece mucha); ese día fue el día de las amenazas y el nombrado «muco» lo hacía muy bien: “Podemos dejarlo muerto en El Salvador y le echaran culpa al ejército salvadoreño —dijo el «muco»—, ¿cómo pasamos la frontera con él? —dijo el otro— fácil —contestó el «muco»— hay un paso falso (lugar donde la frontera no tiene control), el paso que conoce Ramón —dijo otro— cállate cabrón —apuntó otro— no es permitido dar los nombres de nosotros ¡pendejo!”. “Te van a joder, ¡hijo de puta!”. Creo que todo este teatro era para amedrentarme y darme a entender que mi muerte estaba cercana. Yo callaba y solo escuchaba, sin decir nada, ellos me pegaban con la palma de la mano en la cabeza. También dijo otro, “podemos matarlo y cortar el cuerpo en pedazos y tirar los pedazos por todos lados, ¿les parece, está bien? Trae pues el carro y nos deshacemos ya de este comunista cabrón”. Me subieron a empujones y como pudieron a un vehículo sedán, en la parte de atrás, entre unos custodios, yo iba desnudo. El que manejaba, aceleraba el carro con mucha fuerza, salimos a la pavimentada y empezaron a hacer todo su teatro, mal hecho, por cierto, aquí dijo el que conducía: “¿Que les parece? No, mejor más adelante, allí están dos en ese carro”. “Aquí”, dijo el que iba con el chofer; abrió la puerta el tipo que iba a mi lado, y tomándome del brazo a la vez me gritaba: “¡subite, subite, viene un carro!”. Y, se subían arrancando el carro, dando vueltas para atrás, entrando de nuevo en el desvío de la casa donde me tenían secuestrado. Se bajaron los payasos y dijeron: “mañana lo despachamos, hoy no se pudo,

tuvo suerte este cabrón, pero no le durará mucho”. Acto seguido, me bajaron del coche y me metieron al cajón donde pasaba la noche. Los días se me hacían cortos con este tipo de payasadas, y pensaba a la vez que me podría pasar y si moriría.

Así amaneció mi acostumbrado despertador (el zorzal) me daba la idea de un nuevo día. Era el **doceavo día**, no podía prever lo que pasaría. De nuevo al servicio sanitario, el aire de los ventiladores, y la radio, sentía calambres en los brazos, en los dedos y el arco del pie. Llegaron mis captores, ahora si me cargaban porque los cordeles de los pies se me habían incrustado y me dolían mucho. Me sentaron y la voz del militar ordenó que me dieran galletas. “¿Queréis galletas?”, “si me da agua sí, acepto las galletas” le contesté, “no, agua no —me dijo—, galletas”. “No puedo comer galletas” le dije, y él ordenó de pronto “denle galletas”. Ellos querían meter las galletas a la fuerza en mi boca, en eso entró al salón un militar que me preguntaba por los militares que vendían armas, se dirigió a la silla donde yo estaba y poniendo la mano en mi cabeza dijo: “Dame un nombre y te dejo libre”. Quedé pensando y forzaba mi mente para que produjera algo y así, de repente, se me vino a la memoria un viejito que vendía caña brava y hacía poesías a su modo, le decían: «el poeta de Cañanini», y dije: “Gerardo”, como se llamaba el anciano que ya había muerto de vejez, “¿Gerardo qué?”, “no sé, solo me dijo Gerardo”, “bueno apunto métenlo al cuarto, si es cierto, te dejamos libre y si no es cierto te matamos” dijo el militar, y salió sonando la bota militar. Fui conducido al mismo lugar y me tiraron al suelo y me acosté en mi posición clásica, mi mente repetía “Gerardo, ¿qué tal que si hay un Gerardo? —decía mi mente— y lo estoy sentenciando”. Esto fue tremendo para mí, “ojalá que no haya ningún Gerardo”, mi mente estaba aturdida por esta idea descabellada, casi lloraba por la metida de pata que acababa de dar; todo el día pase consternado. Me llevaron al cajón y toda la noche pensé, con remordimiento, “¡Que hice!” Me decía a mí mismo, “no puede ser, pueden matar a un inocente”.

Así amanecí, con el zorzal, siempre con incertidumbre, aquel **día trece** fue tremendo, me sacaron del cajón directamente a la sala de interrogatorio. El militar me esperaba y a grandes gritos decía: “me has engañado, no hay ningún Gerardo en las unidades de Cholteca”, que alivio me sentí liberado de mi posible error,

no salía de mi asombro, no había ni uno que se llamara así. Imposible. Le dieron un empujón a la silla, caí al piso donde recibí tremendos golpes, acompañadas de patadas e insultos que no cesaban. Quedé casi inconsciente por patadas en la cabeza y me arrastraron al servicio sanitario y allí me dejaron, no sé cuánto tiempo paso. No me metieron al cajón, oí un acento de hablar como argentino que pedía agua desesperadamente: “¡por favor, tengan piedad! Denme agua”. Aquel hombre lloraba, gemía y no era auxiliado, sino que a jalones lo llevaban no sé para adonde.

En la noche pensé, ya que todos estaban dormidos: “tengo que tomar agua”, me puse en la esquina del servicio para orinar en el piso de la ducha y poder tomarme mis propios orines, los sentí feos, con mal sabor, pero algo liquido había penetrado en mí, me sentía más sucio pero lo tuve que hacer, prefería hacer esto con mis orines, que buscar la taza del inodoro que apestaba. Me sentía cansado y dormitado, eso se debía a la paliza de ese día. No supe como transcurrió el tiempo, pero al amanecer nuevo sentía que había recuperado mi estado de como lo tenía y así empezó el **día catorce**.

Fui llevado al salón de interrogatorios, creo que para escuchar mi sentencia. Allí sentado, aquella voz fingida me decía: “Bueno don Hernán, usted no quiere cooperar, no nos queda más alternativa, los comunistas así mueren. Se ponen otro nombre como usted “Esteban”, además son testarudos, defienden a Fidel Castro.” Quedé pensando lo que aquel hombre decía (si se le puede llamar así), al poco rato le dije: “señor —“sí”, contestó— ¿puedo hacerle una pregunta?”. “Bien, hazla” me dijo: “¿Por qué el ejército dice que soy comunista?”, “por muchas razones —me contestó—: primero, porque ayudas a los sandinistas y los del Farabundo Martí. Segundo, porque solo vivís en La Habana, donde te adiestraste en la guerrilla, recibiendo órdenes de Fidel Castro y tercero, porque solo andas con obreros y campesinos. Para eso has sido formado”. “Señor —le dije— ¿puedo contestar lo que usted dice?”. “Sí, claro, nadie te golpeará”, continuó: “¿usted dice que ayudo a los frentes de liberación de El Salvador y Nicaragua? Señor, yo estoy con las causas justas; no he cooperado, como usted dice, pero son dignos de admiración, las personas que ofrecen su vida para bien de otros. Usted dice que solo vivo en La Habana, quiero decirle que no conozco La Habana, nunca he

ido, aunque si le digo que me gustaría ir. Usted dice que solo ando con obreros y campesinos, si usted cree que soy comunista, pues si me gustaría serlo, ya que todos los soldados del ejército estarían conmigo, porque cuando el ejército recluta para sus filas yo solo veo que agarra pobres y no se lleva ningún rico, un soldado rico no le cuidaría la casa de un coronel y, por último, señor, estoy seguro de que sus padres fueron campesinos”. Yo quede esperando los golpes, pero no sucedió, hubo un silencio largo y no comprendía porque no me llevaban al cuarto. Al fin la voz militar dijo, susurrante: “Borren eso de la cinta y llévenselo, traigan otro”.

Me llevaron al lugar acostumbrado, pasé todo el día pensando en que esta situación llegaría pronto a su fin, ya llevaba catorce días de secuestro y no había salvación, ya estaba vencido, mi muerte era una realidad y no había otra salida. ¿Qué pasaría con mi familia? Seguramente no tenía esperanza de que yo viviera; comencé a llorar amargamente con una situación de dolor que me invadía todo el cuerpo, nuevamente pensé en mi madre y en mis hijos gemelos Hernán y Rafael, mis amadas hijas Maritza y Blanca Lizeth, todo un cúmulo de pensamientos venían a mi mente y las lágrimas estaban bañando mi rostro, no las podía contener.

**Día quince:** Sin saberlo, era la antesala al peor día de mi secuestro. Pase queriéndome acomodar, mis movimientos eran lentos. Se abrió la puerta, era el famoso «muco», quien dijo: “buen discurso te echaste, se ve que no eres cualquier cosa, lástima que de nada te va a servir”, sacudió mi pelo y se largó. Creo que al medio día era cuando cambiaban turno, porque entró al servicio aquel que me hablaba con voz suave, y muy consternado me dijo: “¿Por qué aguanta tanto, donde tiene las fuerzas?, yo quisiera que no aguantara para que no lo sigan maltratando, no me gusta nada lo que le hacen, usted no se merece esto, yo conozco a su familia y ellos están luchando para salvarle, eso es malo, porque si los jefes ven que lo pueden liberar lo matarán más rápido”. “Que palabras de aliento” pensé yo, dentro de todo lo malo que estaba pasando, era lo mejor que me podía pasar. “Nos vemos, jefe” me dijo, “adiós” le dije. Con esta despedida imagine que el día de mi muerte estaba cercano; la tarde llegó y quise acomodar la venda para ver algo e incline la cabeza para ver por arriba de mi nariz

**Día dieciséis:** estaba allí en el servicio sanitario, alguien entró y oía que orinaba. Se percibía tranquilidad por la mañana, pero esta aparente tranquilidad se vio interrumpida porque llegaron camiones, carros y se oía un helicóptero. No escuchaba que se abría la puerta, pero el helicóptero debe de haber aterrizado, se bajó el general Álvarez Martínez: sonó sus tacones con furia al entrar a la casa y dijo: “traigan a ese comunista hijo de puta”, se abrió la puerta del baño donde yo estaba y me llevaron suspendido de los brazos, yo no sentía mis pies y ya no razonaba mucho, mi estado era lastimoso. Mi cuerpo lo pusieron en la silla de siempre, el silencio aterraba, por fin se escuchó un taconazo del coronel Álvarez Martínez, venía atrás de mí, me imagino que algún miembro del ejercito me agarró el pelo y tiró mi cabeza para atrás tan fuertemente que a través del orificio que mi nariz hacía en mi venda podía ver; aquel “hombre”, estaba con cólera, su mano hacia ciertos ademanes de querer golpearme y al no hacerlo otro militar lo hizo y me dio tremendo golpe en la boca, gritando con furia descontrolada: “no sos vos el que me va a arruinar mi vida ¡cabrón!, hijo de puta, —me pateó en medio de las piernas—, esa vieja cabrona de tu mamá la voy a matar, hijos de puta, hoy estoy dando la orden de que te maten” gritaba de tal manera que hacía vibrar sus mandíbulas. Yo me encontraba seminconsciente, con el golpe en la boca se me aflojaron varios dientes y sentí un golpe en la región mesentérica del cerebro. Y dijo con furia: “me voy a dar el gusto de matarte yo, hijo de puta y retrocedió con aire forzado dando la orden: — ya saben lo que van a hacer con él”.

Los taconazos se oyeron hasta la salida de la casa y el motor de un carro se ponía en marcha, fui conducido al servicio sanitario. No sé qué horas eran, lo único que sabía era que estaba más muerto que vivo. Tal vez la crianza religiosa de mi madre me hacía pensar en Dios. Y así, en ese estado, en el que había quedado quise incorporarme, nadie me había enseñado a orar, pocas veces acompañe a la madre de mis amados hijos a la Iglesia cristiana, para complacerla; allí como estaba dije: “señor, señor no soy digno de pedirte nada, pero escucha mi plegaria, no te pido por mí, te pido por mi madre y las madres de todos los hombres y mujeres secuestrados, hágase en mí tu voluntad, dale fuerzas a mis familiares y amigos, protege mis hijos, yo no soy digno de ti, por esos te pido por ellos que sí son dignos de ti”. Empecé a llorar tanto que no podía controlarme, no me sentía

yo, de repente pensé “no voy a morir”, sentí como que el mismo Jesús me lo había dicho: “no vas a morir”, todo mi ser se inundó de esperanza.

La venda de mis ojos estaba empapada, mi boca dejó de sangrar y con la lengua palpe en el interior si todavía tenía mis dientes, mis piernas estaban entumecidas, y mis brazos adoloridos, no aguantaba ningún movimiento en las muñecas, los amarres no me lo permitían. Allí estaba yo HERNAN WILFREDO GUEVARA GUTIERREZ hijo de JUAN BENITO GUEVARA FRANCO y RAMONA EVANGELISTA GUTIERREZ DE GUEVARA; me sentí orgulloso de los dos por haberme enseñado a respetar a mis semejantes, “cada quien tiene con sus propios actos, propicia su propia sentencia”.

Llegada la tarde, escuché el ruido de un vehículo, entraroncreo que dos personas, que por su acento e idioma eran norteamericanos. Me condujeron mis secuestradores a un lugar de la casa; me colocaron en el piso de lado y me ataron con una cuerda entre las manos y los pies y, me colocaron con boca abajo, mi estómago pegando al piso pero el pecho y la cabeza y los pies no. La mujer se acercó colocándome una inyección intramuscular en mis brazos derecho e izquierdo, sentí un líquido helado recorrer mi brazo y lo sentía grueso, el gringo hizo lo mismo, me inyectó la nalga derecha e izquierda, la sensación fue la misma, no sé cuántas inyecciones fueron, ya que fueron en varios lugares del cuerpo. Cuando terminaron, se fueron en automóvil porque se oyó el sonido del vehículo que se retiraba. Para ser más preciso, aquellas inyecciones se sentía, como cuando le inyecta a uno un dentista anestesia, me sentía como un monstruo. Quedé inconsciente, sedado y no me di cuenta de nada más. Quedé colgado y el canto del zorzal me anunciaba que seguía con vida

**Día diecisiete:** me soltaron de donde colgaba el lazo, no sentía mis brazos ni mis piernas, allí me dejaron por largo tiempo, no me podía mover, no tenía fuerza en mis músculos. No sé cuánto tiempo estuve así, ese día diecisiete no repare en nada, mi cuerpo yacía en el piso de la casa de campo de un coronel del ejército de Honduras. Creo que me oriné —por la fetidez del orín, no defecaba pues no había alimento en mi estómago—.

**Día dieciocho:** El zorzal me indicó otro día, todavía sentía las consecuencias de lo que me sucedió el día dieciséis, estaba en el servicio, ni siquiera sé cómo me llevaron allí.

**Día diecinueve:** Me di cuenta de un nuevo día por mi acostumbrado despertador, el zorzal, algo había pasado en mi organismo que la mente se me empezó a aclarar, de pronto, el secuestrador de voz suave me saludo: “buenos días, jefe” solo me sonreí, era ilógico contestar y decir buenos días, continuo diciendo: “usted me tiene sorprendido, ¿de qué material está hecho? Hombre, muérase, no aguante, porque seguirán matándole poco a poco, esa es la táctica que llevan, no lo van a sacar a matar afuera, lo van a matar aquí, muérase”; aquel hombre estaba consternado, no me cabía duda. Recordé aquella frase, “no voy a morir” y le agregué: “ahora soy inmortal”, “está loco, jefe —me dijo— ya perdió usted el control, está loco” yo me reí, y, salió del cuarto sin antes expresar: “esta loco”. Quedé solo por muchas horas, pensando, a veces me decaía pensando que iba a morir, pero tenía una leve esperanza que me daba fuerzas. Yo me imaginaba libre y que aquella pesadilla tendría fin, pero no sabía cuál fin y entonces regresaba a pensar en la muerte. Nadie le puede ayudar a uno en esta situación tan triste. Pude apreciar lo que le hicieron a otros secuestrados, no aparecieron porque los asesinaron, entonces pensaba que a mí me harían lo mismo. Cuánto sufrimiento hubo en esa casa de ese coronel, cómo podía llevar a su familia a esa casa de campo sabiendo que en un lugar de esa casa la gente estaba siendo torturada y aniquilada, mientras él estaba con su esposa e hijos riendo y comiendo; que dirían sus hijos, esposas, nietos de estos militares cuando se enteraran, “¿que su padre o abuelo hizo lo correcto?” Al asesinar a tantos hijos de Honduras, con mejores principios morales que él, yo no quisiera estar en el mismo lugar que él. Así pase el día diecinueve, pensando y pensando, queriendo cambiar de posición para alinear mi cuerpo. No me llevaron al cajón, me dejaron en el servicio sanitario.

**Día veinte:** el zorzal anunció un nuevo día, alguien entró, tosió y salió, más tarde llegaron dos y me llevaron al cuarto de interrogatorio sentándome en la silla, el tipo que estaba a la izquierda me golpeó no muy fuerte en la cabeza, yo le dije: “no le hagas a otros lo que no te gustaría que te hicieran a ti”. Con

carcajadas y en tono de burla el «muco» dijo: “ahora el comunista es cristiano”. Todos se rieron.

La voz fingida volvió y dijo: “Hernán, dígame ¿Quién le vendía las armas?” El silencio fue largo y para terminar el interrogatorio le dije: “señor dígame usted lo que quiere que le diga y yo lo aceptaré, así como usted dice, escríbalo y lo firmaré”, esto no funcionó, no me golpearon, pero las burlas y empujones y pegándome continuamente en la cabeza. Dejaron de hacerlo hasta que la voz de un militar pregunto: “¿Quiénes son sus amigos?”, “muchos” contesté, sin ganas de hablar, pensé por un momento, di nombres de mis amigos militares, políticos de partidos tradicionales, y pensé “los estoy sentenciando”; pero yo no lo miraba importante. “¿Has vendido armas?” “Sí —le dije— es común y corriente, si compro una pistola y a otro le interesa se la vendo y hay ganancia, esto lo he hecho muchas veces”. “Llévenselo —dijo el militar— continuamos con los otros más tarde”.

**Día veintiuno:** Estaba en el mismo lugar, no fui llevado a otro lado; entró el individuo arrogante y con voz altanera preguntó “¿Vos me matarías si tuvieras oportunidad de vengarte por todo lo que te hemos hecho?”, esta pregunta me aclaró que eran muchas personas por parte del «Ejército Nacional de Honduras», que estaban involucradas en los secuestros; en la situación en la que me encontraba, si decía esto que estaba pensando era ganarme una tunda, pero conteste a ese estúpido: “No, no lo haría”, “¡ah pendejo —me dijo— ¿vas a decir que sí?, si que sos papo, ¡no soy estúpido maje!”. En verdad no me interesaba lo que este mequetrefe pensaba yo estaba sumido en mi debilidad física, hay personas que piden a gritos que uno los odie. Salió tirando la cuenta y cantando, yo continúe en mi posición acostumbrada tratando de acomodarme para platicar con mis recuerdos reparados, pero me entretenían. Al medio día escuché la voz de la niña, censurada por un grito de alguien que la detenía, que no entrara en los cuartos. Y se marchó diciendo que volvería al día siguiente.

Nada de comida, nada de agua, por la tarde empezó a llover un poco fuerte, y me imaginaba abriendo la boca para que me cayera el chorro de agua que se deslizaba por la lámina; con aquella sed

y lloviendo, no creía que la naturaleza me jugaba estaba broma, imaginaba los chorros de agua, pero no los podía tocar. Comprobé que el cuerpo humano puede pasar mucho tiempo sin comer, pero sin tomar agua es la muerte. Estaba recién operado, pero el estómago no me dolía, tenía que tomar tagomet; realmente no sé cómo me miraba físicamente, tenía veintiún días de no verme en un espejo; en aquellas apreciaciones fue pasando el tiempo, quise acostarme de lado a descansar, quería dormir, lo cual era imposible, toda la noche fue tranquila y aburrida, me habían quitado la radio y me hacía falta, solo estaban los insoportables ventiladores.

Era la madrugada del **día veintidós**, estaba esperando con ansias que cantara mi amigo el zorzal como de costumbre, los turnaban, entraban a mi servicio sanitario a orinar y salían, solo aquella voz ya conocida me decía “adiós, jefe”, y salía; otro día sin interrogatorios, por las voces podía apreciar que solo habían aparte de mi persona, 3 o 4 individuos secuestrados, a el Nico ya no lo podía ver, al famoso «muco» no lo escuchaba, parece que el lugar lo iban dejando solo.

Llegó un militar y oí que platicaba fuera de la puerta del servicio donde me encontraba: “El coronel... —no escuche bien el nombre— se llevó el carro de este comunista —así me decían—, se lo llevó para El Paraíso”. Mi carro estaba nuevo, yo estaba seguro que era el carro que me quitaron cuando me secuestraron; ese vehículo no apareció nunca más. Por la tarde comenzó a llover, me alegré de mi encierro, porque los rayos sonaban potentes, como quería que cayeran en aquella casa.

Estas tormentas eléctricas me hacían recordar la finca que tenemos en Agua Fría, El Corpus, Choluteca, hermosos recuerdos de las frutas que saboreaba, de la naturaleza hermosa, miraba todo tipo de aves exóticas; lo recordaba con agrado y me sonreía solo, preguntándome si volvería ver aquel bello lugar que tanto me recordaba mi niñez. Esa hermosa lluvia me hacía recordar que mi padre me decía: “cuando el zorzal canta alegre es que va a llover”. Los secuestradores entraban al servicio pero yo continuaba absorto en mis pensamientos, así pasó el tiempo hasta la noche que llegó uno de mis secuestradores, borracho,

disparando y gritando: “tengo vacaciones pero no puede irme por culpa de ellos” (creo que se refería a nosotros, los secuestrados).

**Día veintitrés:** El dolor de los golpes ya era menor, pero los calambres aumentaban, sentía la encía adolorida y los dientes un poco flojos, no estaba cómodo de ninguna manera; no me di cuenta que la puerta se abrió, seguramente la abrieron con cuidado: “¡Hola, jefe! —fue el saludo, era el mismo tipo que me trataba diferente— ¿cómo se encuentra?”, me preguntó, “bien —contesté— ¿cómo está afuera?”. “Bueno —dijo—: usted ha salido en los periódicos, parece que habrá algunas manifestaciones estudiantiles y obreros pidiendo su libertad, esto es bueno y es malo, porque el cipote Álvarez Martínez ya dio la orden en contra suya. Bueno —concluyó— a ver que pasa. Entonces, la situación, según la entendí, está mala, porque Álvarez Martínez ve el asunto suyo que se le escapaba de las manos”. Seguro que apresura mi muerte o quizá aquel hombre amable, tenga un atisbo de conciencia y suceda lo contrario. ¿Qué podía esperar?, estos militares tienen varios bandos, por una parte, los que secuestran por la “Guerra Fría” inventada por los Estados Unidos, otros secuestran empresarios por dinero, sino pagan el rescate los matan a sangre fría, robos a bancos, menos a BANFFAA, claro. La represión en la UNAH (Universidad Nacional Autónoma de Honduras), era tremenda, el DNI, trataba de controlar a los estudiantes con armas de todo calibre, el rector de turno cooperaba para que las acciones se llevaran cabo por parte del ejército de Honduras, vestidos de civiles, era increíble darme cuenta de todo esto, pensé que estaba loco, pero no es así, porque si crees que estás loco, es porque no lo estás.

**Día veinticuatro:** Mi amigo el zorzal dio el aviso de siempre, el nuevo día anunciaba al parecer lo mismo que los días anteriores: día calmado, caluroso y lluvioso; no me llevaron a otro lugar pero, yo estaba apestoso, las heridas de las manos y pies se estaban complicando; quise desesperarme pensando que los militares tratarían de matarme, yo no sabía cuándo, ellos sí sabían si me iban a matar. “¿Por qué no lo hacían?”, pensaba, y así no pasaba todos los días en zozobra. Algo estaba pasando afuera para que ese día llegara; hasta que salí me di cuenta porque ese día no llegó, me lo contaron las personas que tomaron cartas en el asunto de mi secuestro.

Seguí pensando y meditando, recordé a aquel jefe que me hablaba diferente, él debía de saber algo de mi seguridad; esperé su llegada con paciencia, entraba uno, y a veces no hablaba, entraba otro y salía, impaciente lo esperaba a él, me empecé a poner nervioso no venía y al poco rato entró y me dijo:

“¡Hola jefe!”, “hola, ¿qué tal? —le contesté—. Jefe, quiero preguntarle algo, ¿sí?”. “Bueno, sí, ¿Qué quiere? dígame. “¿Cuándo han planeado sus superiores matarme?”, tosió nervioso, guardó silencio y dijo: “¿para qué quiere saberlo? No le hace ningún bien”. “Bueno, solo quiero saberlo, y usted es un buen hombre, en verdad”. “No tiene caso, piense en su madre, en sus hijos, en sus amigos y en sus cosas, no piense en el día que lo van a matar, eso no le sirve de nada”. Creí haber fracasado en mi intento de saber cuándo iba a morir, y de repente el jefe amable contestó: “dentro de cinco días”, “¿Y por qué cinco días?”, “no pregunte, jefe”.

Después de esta conversación pensé: “solo cinco veces más escucharé al zorzal”. Que tema con ese zorzal, debe de haber sido porque mi padre me enseñó mucho de la naturaleza diciéndome que por el tipo de animal que hay en algún terreno se puede saber la naturaleza de ese terreno, su canto es triste en verano y alegre en invierno. Pensé en el tiempo que me quedaba de vida, pero aún repetía aquella frase de esperanza: “no vas a morir”, era una situación compleja, por un lado pensé que me matarían porque ya no me interrogaban, el único que conversaba conmigo era el de la DNI, que me trataba de «jefe». No me llevaron a ninguna parte, ni me interrogaron, ni nada.

Con la mente despejada, y el canto del zorzal anunció el **día veinticinco**. Ya no me interrogaban, se dedicaban solo a cuidarme, me daba la impresión de que estaba solo yo de todos los secuestrados, pues no oía ningún incidente para creer que había alguien más.

La niña que siempre llegaba a dejar comida ¿quién era?, quién sabe. Lo que sé es que con el tiempo esta niña tendrá mucho que decir para aclarar y desenmascarar lo que sucedió en la década de los 80 en nuestro país. La gran cantidad de altos oficiales del ejército de Honduras, que participaron en estos acontecimientos

que enlutaran a la nación por generaciones. Llevaba veinticinco días de suplicio físico y mental, esta incertidumbre de los acontecimientos futuros era sofocante. Pensé si podría salir de esta situación, así pasó el tiempo, ni me di cuenta, pero el zorzal es fiel y me recordó el día siguiente.

Amaneció el **día veintiséis**: solo me quedaban tres días de vida, ya estaba decidido, Álvarez Martínez y sus secuaces lo habían decidido, Policarpo Paz García, un títere de este señor, no podía hacer nada, siendo el Presidente de Honduras se sumaba a sus compinches los coroneles, que gobernaban como jefes de zona, que nunca decían si tenían secuestrado a alguien o no; había un elemento del ejército que sí tenía en la mente, pero de este daré información en su momento.

Para mi esas eran mis horas finales, no podía ver, era tremendo, la venda estaba sucia, yo lo sentía porque olía mal, a veces se me corría para abajo, por el lado derecho a duras penas, tenía miedo de ver, ahora pienso que si me iban a matar porque no me quité la venda, con el hombro me la subía para que no se deslizara; creo que era una leve esperanza de que iba a seguir vivo; quería seguir pensando en la humanidad, me sentía ligado a cada ser, a todas las raza humanas, creí que en mi corto espacio de vida no había hecho lo suficiente; pensé en mis hijos, frutos de mis dos matrimonios anteriores, en mi hija mayor fruto de una hermosa relación de amor mientras estudiaba en México, en mi hijo menor que casi no conocía, ¿había sido un buen padre? Cuántos errores cometemos en nuestra corta existencia, y hacemos pocas cosas buenas y, queriendo justificar las cosas que hicimos para que se vean buenas, allí es donde uno dice: “si volviera a nacer no haría esto o aquello”; criticaba mucho a mi madre por haberme castigado duramente cuando era pequeño, y en la situación en que estaba preferiría los castigos de mi madre, eran con mucho amor, en la situación que me encontraba prefería los castigos de mi madre, entonces comprendí muchas cosas que debieron haber sucedido para crear otros efectos. Si pudiera retroceder el tiempo.

Pensaba en todos mis hermanos, que estarían pensando, que estaban haciendo, pensar, pensar, pensar era lo único que podía hacer. Toda actitud que podía tomar para recobrar mi libertad

era inconcebible, no tenía escapatoria, allí estaba, como las fieras heridas que se tornan dóciles ante la muerte, a veces no podía creer lo que me estaba sucediendo. Como el animal en una jaula, esperando que pase el tiempo.

Amanecí el **día veintisiete**, me sentía raro, algo me hacía falta, un no sé qué, y me di cuenta, no escuche al zorzal ¿Qué había pasado?, ¿me dormí?, no puede ser, me preocupé, quería sentirlo, escucharlo, quería salir a buscarlo.

“Hola, jefe”, “hola. Ya tengo veintisiete días de estar acá”.  
“Ha soportado mucho tiempo, nadie había soportado tanto tiempo acá, los mataban rápido”. “¿Qué cree usted? —le dije”. “No sé, no se ha recibido ninguna orden, esperaremos”.

Salió rápido porque lo llamaron; empecé a sentir lástima por él, no sé porque el hombre tiene que cometer actos en contra de su propia naturaleza: hay un refrán que dice: “no hay que hacer a otros, lo que no le gustaría que le hicieran a uno”. Jesús, tenía toda la razón, su doctrina era humanista; Marcos 12:31 Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. No hay otros mandamientos mayores que estos, así los había leído yo en la Biblia, había leído libros de la vida de Jesús, no religiosos, y tenía admiración por él; la Biblia no la había leído, a pesar de las enseñanzas católicas de mi madre yo era antirreligioso, siempre sostuve que la religión había matado a Jesús, la religión y los anarquistas mataron a Francisco Morazán; a Jesús lo adoraban colgado en un madero y a Morazán lo olvidaron en una estatua francesa. Juan 8:32 “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

Siempre traté de beberme mis propios orines y creo que alguna vez el «jefe» me debe de haber sorprendido. Mi saliva no existía, como deseaba tomar agua, no era posible, la orden era no comida y no agua. Mis pensamientos seguían abarcando mis días pasados hasta la fecha y me di cuenta como pasa el tiempo y, lo pasivo de la vida, hace que parezcan los días más largos.

**Día veintiocho:** Sentí que el zorzal cantó con más alegría, como diría mi padre, “va a llover” y llovió por la tarde. Pero mi

alegría se tornó en una tristeza profunda, estaba a un día de mi muerte, no sude sangre como Jesús, pero comprendía a los sentenciados a muerte, el cerebro genera no sé qué sustancia que invade todo el cuerpo, el corazón, te das cuenta que cada latido se siente y la mente se embota y no razona, ni piensa y allí estaba yo, la muerte deja de existir, solo hay que aceptarlo, pase lo que pase, después todo seguirá igual porque así es la vida y muerte.

No hay reclamos, no hay justificaciones, allí está la verdad, ya mi cuerpo no me interesaba y puedo asegurar que ya no tenía necesidad de agua, solo quería estar conmigo mismo, no había comunicación fuera de mí, afuera estaba lo que había, en ese éxtasis me encontré todo ese día hasta llegar al día siguiente tan esperado.



## EL DÍA QUE CREÍ MORIR

**E**ra el fatídico **día veintinueve**: No precisé el zorzal, simplemente continuaba en el estado anterior, se oyó el ruido de la llegada de un vehículo, por el motor debe de ser un VW, bajaron y entraron a la casa cuatro individuos, los mismos secuestradores pero ya con uniformes de las «Honorable Fuerzas Armadas de Honduras»; el que me decía «jefe» estaba con ellos, este se me acercó y me dijo: “Jefe, le voy a poner un pantalón” y procedió a quitarme el amarre de los pies y me subió el pantalón, de pronto entró alguien y gritó con todas sus fuerzas: “¿Qué estás haciendo hijo de puta?”, “vistiéndole”, le respondió mi «amigo», su voz era callada, pero le retó “¿para qué?, donde lo pondremos no ocupa ropa. “El jefe dijo: razón de más” y me amarró nuevamente los pies, me soltó las manos, me colocó una camiseta y volvió a atar mis manos; el otro sujeto tiró unos zapatos-tenis rotos y gritó: “solo falta que le pongas estas mierdas”; y el jefe me los puso diciéndome: “peor es nada, jefe”. Salieron del servicio sanitario y quedé vestido no sé con las ropas de quién. Continúo el día, yo pensaba cómo me sacarían, pensé que me llevarían a El Salvador a matarme, preguntas que me hacía que no tenían respuesta, el tiempo no existe para un condenado a muerte. Pensaba en mis hijos, sin saber que pensaba.

Llegó un militar con un acompañante y ordenó que me sacaran del servicio y me llevaron a rastras a la sala, me levantaron y me colocaron acostado en el piso del carro VW, y los acompañantes se colocaron en los asientos del vehículo y pusieron sus pies sobre mí, uno en el pecho y el otro en las piernas por el amarre.

Así salió el carro VW, y el que me decía «jefe» iba de chofer, salimos de la casa del coronel, doblaron a la izquierda, pensé que íbamos a Comayagua, no sé la hora y no sé si era de noche, íbamos un chofer, el acompañante del chofer, dos militares atrás que me

daban patadas. Ellos iban conversando de sus pasados, de sus mujeres y a menudo se carcajeaban, hablaban de cuantos habían matado en estas operaciones; luego uno comentó “que jodida me dio el coronel, yo quería quedarme con el carro de este comunista, pero quien manda, manda”. Siguieron con sus historias.

Las horas se volvieron tediosas, se detuvieron a orinar; capté que nos encontrábamos cerca del Lago de Yojoa; siguieron derecho y doblaron a la izquierda, pensé que íbamos a Santa Bárbara, recordé que me matarían en El Salvador, o sea, pasaríamos por El Salvador y prosiguió el viaje pensando en lo que me esperaba, imaginando que me matarían en El Salvador y les echarían la culpa a ellos. Recordaba a mi madre, a mi hermana, a mis hermanos y parientes, ir a “la finca” como le decíamos a la propiedad de mi padre, a mis hermanos: Juan , Javier, David, Rosa Isabel y al menor que yo había criado con un cariño especial; a mis amados hijos: Maritza Isabel, Hernán, Rafael, Blanca Lizeth, todos venían a mi mente Elita, Iliana y Rubén Emilio, lloré mucho y la venda que me cubría fuertemente los ojos se empañó por mis lágrimas. De pronto sentí que el carro se detenía, el militar que iba con el chofer abrió la puerta del carro, se bajó a abrir un portón que había de alambre de púas, por lo que escuché era un portón artesanal, entró el vehículo en el que yo iba, se detuvieron, revisaron sus armas y me bajaron y empecé a llorar incontrolablemente y dije: “Padre Celestial, sálvame”, uno de ellos me escuchó y dijo: “ahora sale este cabrón con que es cristiano”, me tomaron de los brazos y me pusieron boca arriba. Escuché la voz del jefe de pelotón que dijo: “listos con las armas”, se escuchó que las cerrajearon, en eso una voz fuerte dijo “el que dispare, lo mato”, los otros se indignaron y le dijeron: “no sabes lo que pedís, venimos a matar a este comunista y vos te atraviesas” (esos fueron los segundos más largos de mi vida) y de pronto escuché: “cosas tuya cabrón” y cuando se regresaban para el carro, el que me decía jefe, me dijo: “jefe, piérdase, lo quiere matar el ejército de Honduras” y me tocó la cabeza como despidiéndose. Y agregó: “si alguna vez nos vemos jefe, a mí me dicen «El Coyote»”, allí quedé yo, llorando de alegría y dando gracias a Dios porque estaba vivo.

Oí cantar un gallo, estaba atado de pies y manos fuertemente, pero agarré valor de donde pude y forcejeé hasta quitarme los amarres de las manos y me solté, me solté los pies, me costó mucho,

pero seguía llorando de felicidad. Me costó ubicarme pero lo hice y el llanto era de felicidad, me puse en marcha a pasos locos, tenía un mes de estar amarrado de pies y manos y vendado, con golpes en la cabeza, (lugar preferido para golpearme por el coronel que me robó mi carro). Volvió a cantar el gallo, al poco rato de caminar me di cuenta de que empezaba la aurora de la mañana, me topé con un alambre de púas y el gallo cantó de nuevo, creí que había un río y lo pasé, pero por el talud me deslicé, me di un golpe y me reí, vi luz eléctrica a lo lejos, después de un rato de caminar escuché la voz de dos hombres que reían como locos, me tiré al suelo con movimientos convulsivos al verlos para que no me determinaran y, así fue, solo dijeron: “este jodido esta fondeado y me dieron una patada suave”. Seguí caminando, vi las luces de un foco eléctrico, seguí caminando, vi un puente de concreto, lo iba pasando cuando vi un caballo que venía corriendo, me gritaban deténgalo, deténgalo es el caballo del coronel, que barbaridad pensé, cuándo me libraría de los militares, pasé el puente y llegué a un poste de corriente eléctrica, había mucha gente, me di cuenta que era una parada de buses; una señora que vendía pan en una canasta grande me miró y me dijo: “agarre el que quiera”, mi mano se esforzó por tomar el grande, pero me quedé con un pan pequeño. Quise morderlo pero no tenía saliva en mi boca, le pregunté a alguien donde vendían comida y me dijo: “siga adelante a una cuadra, enfrente de la esquina hay una señora que hace comida”. Le di las gracias y caminé donde me dijeron, al llegar, una señora de edad me dijo: “¿Qué quieres mijo?”, “buenos días —le dije—, quisiera comer algo”, “se nota que has bebido mucho ¿verdad?”, “sí, señora”, “ah, los hombres, ¿cómo quiere el huevo?” Estrellado —le dije—.

Me puso el huevo con la tortilla, era pequeña y suave, yo quedé viendo el manjar, coloqué el huevo en la tortilla, quedé viendo lo pesado que sentía la tortilla y el huevo en mi mano, no pude morder la tortilla y empecé a chupar la yema de huevo.

“Bebiste mucho, hijo —exclamó la señora, con mucho sentimiento— ve a bañarte, para que te refresques. Sigue la cuadra, entra a un portón, es hospedaje y te bañas”. Pregunté tristemente, ¿cuánto le debo?, “nada mijo, no sigas bebiendo”. Me fui al hospedaje, un señor gordo me dijo: “¿Qué quiere?” Me revisó de pies a cabeza, los zapatos-tenis rotos, el pantalón desgastado,

camisa en mal estado y me dijo “¿tienes dinero?”. “No señor” le contesté, me gritó que me saliera y me salí.

Caminé de regreso, muy lento, me miré el pantalón, metí la mano a la bolsa y toque un papel, cuando lo saque eran L.35.00, me regresé alegre y le dije: “mire tengo L.35.00”, ni terminé de enseñarlo cuando me abrió el portón, “allí están los baños” me dijo, y fui, me quité la ropa, es el agua más deliciosa que ha caído en mi cuerpo. Me coloqué la ropa, los zapatos-tenis y salí, muy agradecido con el dueño de la pensión. Regresé a la terminal de autobuses que había pasado y otro autobús salió para la capital yo me subí, me senté, había más de la mitad de pasajeros, salió el autobús y tomó la carretera, pensé que iba para Tegucigalpa, pero el autobús empezó a subir y vi montañas y pinos, de pronto el chofer dijo: “tengan listos los papeles porque los piden en las casetas”, me paré y le dije al chofer, “señor dígales que soy su ayudante para que no me pidan papeles” y, el chofer me bajó del autobús. Allí quedé viendo los pinos y recibiendo un aire helado, no sabía qué hacer para regresar a Siguatepeque, en ese instante venía otro autobús para Siguatepeque, yo le hice parada y al pasar a mi lado vi que era de Choluteca, siguió el rumbo y se detuvo y alguien del autobús grito: “Hernán, ven” y movía las manos, yo me acerqué, todos los pasajeros eran de Choluteca, cuando subí todos los pasajeros me saludaban con alegría y abrazos. El chofer era conocido mío y antes de llegar a Siguatepeque paró el bus y me dijo: “de la frontera le hablaré a tu hermano y le diré que te encuentras en Siguatepeque”. Este autobús me dejó en la misma parada donde había tomado el otro autobús, se fue y quedé esperando no sé qué, ellos iban para Esquipulas. Caminé para llegar a la pensión y donde la señora que me dio el desayuno y una voz me dijo: “Hernán Guevara, Hernán”, yo me quedé parado sin verlo y él llegó y me dijo: “Yo te conozco a vos, te secuestraron, saliste en los periódicos y escuchamos a tu madre, no tengas miedo soy de Pespire”. Me dio confianza y lo saludé “¿Qué tal?”, nos saludamos. “Ven a mi casa, yo trabajo en la frontera y le voy a avisar a tu hermano que aquí estás bien”, “¿a qué hermano?” le pregunté. “A Juan” me dijo. “Me fui con él a su casa y me presentó a su señora e hijos”.

“Él se va a quedar aquí —dijo a su esposa e hijos—, lo atienden, yo avisaré a su hermano que se encuentra en mi casa”. Me recomendó que no saliera ni platicara con nadie. Se fue a su trabajo y su señora me trató muy bien, me recosté en una cama que había en el cuarto, descansé un rato, me levanté y vi por una abertura de la puerta que la señora le decía a su hija que no se acercara al cuarto. Yo, me dormí y luego llegó el señor de la casa y me dijo: “Ya es tarde, vamos, súbase al carro, hablé con su hermano en la azucarera donde trabaja y le dije que usted estaba en mi casa y me dijo que inmediatamente vendría en un carro a traerlo”. Yo quedé satisfecho y regresamos a casa del amigo, me despertó como a las 6:00 p.m., “ya avisé a su hermano y vienen por usted, vamos”. Me despedí de la señora y salimos con el amigo, le dije a su hermano que nos mirábamos en el parque a las 7:00 p. m.”. Salimos hacia el parque de la localidad, cuando llegamos allí el parque estaba lleno de soldados y me entró pánico, pero mi amigo se puso peor, arrancó el carro, una voz nos gritaba fuerte, “párese, párese”; “es la policía” dijo mi amigo, “no —le dije yo—, es mi sobrino”; aquel pobre hombre estaba nervioso y me dijo “bájese, bájese” y me encontré con mi sobrino Juan Benito Guevara Fúnez, yo me puse feliz, llorando de alegría salimos para el sur, agradeciendo al amigo.

Juan iba acompañado de su primo y los tres emocionados salimos con destino a Tegucigalpa, me quedé hospedado en la casa de mi hermano Javier. Cualquier roce familiar era una alegría, me aseé bien, Javier me atendió de maravillas, esa protección me hizo bien, llegó mi madre muy emocionada y sin derramar lágrimas me dijo: “no tenga miedo, ahora estamos juntos”, y me abrazó y me besó y, aquella madre valiente no derramó una lágrima.

Pasaron los días y arreglé mis papeles para irme a México con mi hermano Javier y allá me esperaba mi hermano David. Pasó un detalle que me puso pensativo, cuando salimos para México en el avión iba un militar y me saludó como si nada hubiera pasado, cuando él era uno de los que me trataba mal en el secuestro. En México, mi hermano David me recibió en su casa en Pachuca, de donde él era juez y me dijo “para mayor seguridad te voy a llevar donde trabajo”. Allí estuve vario tiempo y allí también quisieron detenerme las autoridades mexicanas, que tenían comunicación con las autoridades hondureñas. Cuando me

pedían mi documentación siempre estaba con mi hermano David, el juez, pero en ese momento mi hermano no estaba a mi lado y las autoridades me pidieron que los acompañara, en ese preciso momento llegó mi hermano, y como era el juez, el presentó sus papeles y le pidieron disculpas y se fueron.

Regresé a Honduras y me vine a Choluteca, lugar que quiero mucho porque he estado los años más felices de mi vida y están mis amigos y mi gente que me han querido mucho. Aquí he pasado mis días felices, aquí viven mi regalo máspreciado, mis hijos y mis nietos y ahora bisnietos, y también los más duros.

Sé que debo seguir adelante, ya tengo 78 años de edad, de ese duro momento han pasado 35 años, sin duda alguna Dios me salvó, no había ninguna otra manera de escapar sino es por intervención divina. El canto del zorzal que me anunciaba un nuevo día, era él, el creador, el eterno, el gran YO SOY, nunca se apartó de mi lado.

En memoria de todos los hombres que sus vidas quedaron plasmadas por una historia de mi país, como mártires de la libertad y sus vidas serán el reflejo del despotismo norteamericano que ordenaba nuestra muerte en una guerra fría injusta, que era para justificar su fracaso como nación de respeto a los derechos humanos. Respeto impuesto a la fuerza matando a los posibles líderes de la revolución hondureña, salvadoreña y nicaragüense, emancipación que algún día nuestra juventud tendrá que enfrentar, yo los saludos hermanos asesinados, ustedes son héroes de las futuras confrontaciones.

Me daba dolor saber la verdad, ahora puedo gritar y puedo abrir mi camisa para dar la orden de Morazán, disparen. Mis hermanos secuestrados aún están vivos. Su sangre clama en tierras hondureñas.

**Hernán Guevara Gutiérrez**

(Esto lo escribió en el catorceavo día).

Derechos Reservados © y ®

Firma Legal, Fredy Pinel





El canto del zorzal  
Se imprimió en el Instituto Hondureño de Educación por Radio  
(IHER) con el apoyo de la Secretaría de Desarrollo Social  
Tegucigalpa, Honduras, C.A.  
En el mes de Junio, 2024

Su tiraje consta de 2 000 ejemplares.